

## LA CULTURA DE LA VIOLENCIA EN LA ÚLTIMA FASE DEL *APARTHEID*: SUDÁFRICA, C. 1984-1994

HILDA VARELA BARRAZA

*El Colegio de México*

La colonización de Sudáfrica y su designación como un “país del hombre blanco” es un asunto horrendo y sórdido. Es el relato de la agresión brutal, de promesas rotas y de traición. Incluso cuando celebramos la “nueva Sudáfrica”, no debemos olvidar las profundas heridas que dejó en los corazones y mentes de sus víctimas. Cualquier historia de Sudáfrica que valore su dignidad debe tomar en cuenta esas profundas heridas...

BERNHARD MAKHOSEZWE MAGUBANE<sup>1</sup>

### Planteamiento introductorio

Desde la década de 1970 comenzó en Sudáfrica la crisis orgánica del sistema del *apartheid*,<sup>2</sup> como producto de la acumulación de contradicciones históricamente gestadas por el sistema de explotación basado en el color de la piel.<sup>3</sup> La crisis se agudizó

---

Este artículo fue recibido por la dirección de la revista el 9 de enero de 2012 y aceptado para su publicación el 14 de mayo de 2012.

<sup>1</sup> Bernhard Makhosezwe Magubane, “Whose memory-whose history? The illusion of liberal and radical historical debates”, en Hans Erick Stolten (ed.), *History making and present day politics. The meaning of collective memory in South Africa*, Uppsala, Nordiska Afrikainstitutet, 2007, p. 251.

<sup>2</sup> Dan O'Meara, *Forty lost years. The apartheid state and the politics of the National Party 1948-1994*, Randburg (Sudáfrica), Ravan Press-Ohio University Press, 1996, pp. 176-178; William Gutteridge (ed.), con la contribución de Deon Geldenhuys y David Simon, *South Africa. From apartheid to National Unity, 1981-1994*, Brookfield-Singapur-Sidney, Dartmouth Publishing Co., 1995, pp. 123-124.

<sup>3</sup> La génesis del sistema de explotación racista en Sudáfrica se remonta a la década

a principios de la década de 1980 con el estallido de un nuevo levantamiento popular en contra del *apartheid*, que debido a que tuvo como principal escenario los barrios obreros negros (*townships*)<sup>4</sup> es conocido como la revuelta de los *townships*.<sup>5</sup> Por las dimensiones de la revuelta, y de la represión en algunas zonas de Sudáfrica, suele ser considerada por varios autores como una guerra civil<sup>6</sup> e incluso como una “guerra de baja intensidad”. En el contexto de la revuelta se acentuaron las fisuras entre la élite blanca —antes con un alto grado de cohesión— tanto política como económicamente dominante.<sup>7</sup>

---

de 1650; fue denominado *apartheid* a partir de 1948. En la década de 1970 la crisis expresaba las múltiples facetas de la contradicción entre una economía capitalista “racional” y un sistema político “irracional”, basado en la explotación racista. Véanse, entre otros: T. R. H. Davenport y Christopher Saunders, *South Africa. A Modern History*, prefacio de Desmond Tutu, Londres, Macmillan Press, 2000, pp. 21-25; Nigel Worden, *The making of Modern South Africa: Conquest, Segregation and apartheid*, Oxford-Cambridge, Blackwell, 1994, pp. 5-32; Hilda Varela, *Sudáfrica: las raíces históricas (de la historia antigua a la paz de Vereeniging)*, México, El Colegio de México, 2000.

<sup>4</sup> Se denominaba *townships* a los barrios obreros habitados por población negra y pobre, ubicados en los alrededores de las ciudades, los cuales, según las leyes del *apartheid*, eran “exclusivos para blancos”. Las zonas rurales no quedaron al margen de la crisis, en donde la violencia asumió otras formas, principalmente con la expulsión de africanos —llamados “insectos” en forma despectiva por los afrikáneres rurales— de las granjas, lo que acentuó su pauperización y alimentó las fuentes de la violencia. New African, “Dispossessing the squatters”, *New African*, núm. 249, junio de 1986, pp. 19-20; Howard Barrel, “Defiance grows”, *New African*, núm. 208, enero de 1985, p. 25; John Kane-Berman, *Political violence in South Africa*, Johannesburg, South African Institute of Race Relations, 1993, pp. 41-48.

<sup>5</sup> En algunas fuentes se delimita el nombre de revuelta de los *townships* sólo al inicio de la protesta, designándola más o menos a partir de 1986 como la guerra del pueblo o el poder del pueblo. Christopher Saunders y Nicholas Southey, *A Dictionary of South African History*, Ciudad del Cabo-Johannesburgo, David Philip, 2001, p. 171; Davenport y Saunders, *South Africa. A Modern History*, op. cit., pp. 509-515; Jeremy Seekings, *The UDF. A History of the United Democratic Front in South Africa 1983-1991*, Ciudad del Cabo-Oxford-Atenas (Ohio), David Philip-James Currey-Ohio University Press, 2000, pp. 121-129; 160-166.

<sup>6</sup> Jacklyn Cock sostiene que por lo general la guerra es identificada como un conflicto violento amplio, “pero en Sudáfrica gran parte de la violencia estaba escondida [...] muchos actos de violencia política eran realizados en secreto por agentes anónimos [...] Gran parte del conflicto violento también estaba escondido en la medida en que ocurría en los *townships* [...] —geográfica y socialmente— lejos de los suburbios en los cuales la gran mayoría de los blancos vive”. Jacklyn Cock, *Colonels & Cadres, War & Gender in South Africa*, Ciudad del Cabo, Oxford University Press, 1991, p. viii; Kane-Berman, *Political violence in South Africa*, op. cit., pp. 41-44.

<sup>7</sup> Durante años la explotación racista era apoyada —explícita o implícitamente— por “algunas comunidades de negocios, la prensa en lengua afrikáans, y, claro —y muy importante en un país supuestamente temeroso de Dios—, por las Iglesias

En este artículo se aborda un periodo corto —tomando en cuenta la historia de explotación en Sudáfrica—, de aproximadamente una década (*circa* 1984-1994), caracterizado por un cambio cualitativo en la cultura de la violencia, que comenzó en septiembre de 1984<sup>8</sup> pero tuvo como detonante el referendo constitucional de 1983 —que excluyó a la población de piel negra—<sup>9</sup> y terminó de manera simbólica, en casi todo el país,<sup>10</sup> con la primera elección democrática de 1994.

En la década de 1980 la cultura de la violencia no era un fenómeno desconocido; históricamente se insertaba en el sistema de explotación racista y definía a los grupos blancos política y económicamente dominantes.<sup>11</sup> Era ejercida fundamentalmente

---

Holandesas Reformadas”. Kane-Berman, *ibid.*, p. 15; O’Meara, *Forty lost years*, *op. cit.*, pp. 59-80 y 149-154.

<sup>8</sup>La gran mayoría de las fuentes consultadas señalan el inicio en el *township* de Sebokeng, en el Triángulo de Vaal (región industrial de Sudáfrica, entre las ciudades de Johannesburgo y Pretoria). Phillipe van Niekerk, “South Africa: The grapes of wrath”, *New African*, núm. 224, mayo de 1986, p. 8; Kane-Berman, *Political violence in South Africa*, *op. cit.*, pp. 12, 33, 39; Gutteridge (ed.), *South Africa. From apartheid to National Unity, 1981-1994*, *op. cit.*, p. 125; Jeffrey Herbst, “Prospects for Revolution in South Africa”, en Martha Crenshaw (ed.), *Terrorism in Africa*, Nueva York-Toronto, Macmillan Publishing Company-Maxwell Macmillan Canada, 1994, p. 377.

<sup>9</sup>Ninguno de los términos utilizados —en especial para denominar a los grupos poblacionales sudafricanos— tiene una connotación peyorativa. Se usan indistintamente los términos de población africana o gente negra. En una óptica racista, las leyes sudafricanas dividían a la población en dos grandes grupos: los blancos (de origen europeo) y los negros, personas que “no tenían la piel blanca” (de origen mixto o mestizos, descendientes de asiáticos y población negra). A partir de la década de 1970, sectores contrarios al *apartheid* empezaron a cuestionar este último término y, en una posición política, principalmente de personas de origen mixto (denominados *coloureds* en la legislación racista), optaron por definirse a sí mismos como población negra.

<sup>10</sup>Aunque la violencia política disminuyó en casi todo el país a partir de 1994, durante algunos años en la provincia de KwaZulu-Natal persistió. Aldo A. Benini, Anthony V. Minnaar y Sam Pretorius, “Persistent collective violence and early warning systems: The case of KwaZulu Natal, South Africa”, *Armed Forces and Society*, vol. 24, núm. 4, 1998, p. 501.

<sup>11</sup>No toda la población blanca sudafricana era necesariamente racista; suponer esto sería desconocer la historia no oficial de los años de explotación racista e ignorar el papel jugado por personas blancas, algunas anónimas y otras muy conocidas, además de algunas instituciones —académicos, periodistas, clérigos, organizaciones no gubernamentales defensoras de los derechos humanos, institutos de investigación, entre otros— que en condiciones muy difíciles se opusieron al sistema dominante, el cual, a pesar de ser “formalmente democrático” en la sociedad blanca, no toleraba ni el menor rasgo de disidencia entre la gente blanca. En la década de 1960, los sudafricanos blancos opositores al *apartheid* constituían un grupo muy pequeño; a partir de la década de 1980 empezó a aumentar el número de opositores blancos al sistema.

a través de agencias del Estado, con la población de piel negra como la principal víctima;<sup>12</sup> sin embargo, entre *circa* 1984-1994 asumió dimensiones inéditas y diversas en comparación con las décadas anteriores, si se consideran tanto la naturaleza de la violencia como los participantes, e involucró a población civil negra —sobre todo entre los sectores obreros más pobres— como víctima y victimaria, siendo uno de sus rasgos característicos el uso de formas extremas de violencia. En la versión gubernamental, el cambio cualitativo en la cultura de la violencia era reducido a un “simple” episodio de *black-on-black violence*,<sup>13</sup> en el cual el Estado no tendría responsabilidad alguna.

En realidad, se trató de una protesta masiva y violenta,<sup>14</sup> que inmediatamente asumió un carácter complejo al convertirse en una “guerra del pueblo” en contra del sistema, expresión de rencores acumulados gestados en una “totalidad histórica de horror” (la explotación racista), acentuados a partir de 1976 por la intensa represión gubernamental, y de miedos colectivos que afloraron en deseos de venganza.<sup>15</sup> En sus orígenes era en contra del Estado y de la élite blanca. Ese estallido popular desencade-

<sup>12</sup> La explotación racista era necesariamente el ejercicio de la violencia. Frantz Fanon, en relación con la colonización europea en África, planteaba una tesis similar. Fanon, “La violencia”, en F. Fanon, *Los condenados de la tierra*, trad. Julieta Campos, prefacio de Jean-Paul Sartre, México, Fondo de Cultura Económica, 1963, p. 30; Kane-Berman, *Political violence in South Africa*, *op. cit.*, pp. 11, 15-16.

<sup>13</sup> *Black-on-black violence* era la expresión que las autoridades gubernamentales usaban para describir la violencia entre diferentes grupos africanos. Desmond Tutu, “Forward”, en Greg Marinovich y João Silva, *The Bang-Bang Club. Snapshots from a Hidden War*, Londres, Arrow Books, 2001, pp. ix-xii; Marinovich y Silva, *ibid.*, p. 288; Kane-Berman, *Political violence in South Africa*, *op. cit.*, p. 33. Se considera innecesaria la descripción de la violencia, debido a que la finalidad es buscar posibles explicaciones que permitan comprender por qué surgió y aproximar al lector al sufrimiento de la gente negra en ese periodo histórico. R. Dadoun cuestiona: “[...] es necesario introducir los detalles para especificar prácticas tales como la guerra, las matanzas, el genocidio?”. Roger Dadoun, *La violence. Essai sur l'“homo violens”*, París, Hatier, 1993, p. 16. En una nota posterior de pie de página se hace una breve mención a dos de las formas más frecuentes de asesinato, pero sin entrar en detalles, y se remite al lector a un texto que amplía estos hechos.

<sup>14</sup> Davenport y Saunders, *South Africa. A Modern History*, *op. cit.*, p. 507.

<sup>15</sup> La conceptualización de la explotación como una “totalidad histórica de horror” es de Magubane (“Whose memory-whose history?”, *op. cit.*, p. 254). La vinculación entre rencores acumulados, miedos colectivos, esperanza y violencia se deriva de diferentes autores, en especial de Dadoun (*La violence...*, *op. cit.*, p. 18); Philippe Braud, *Violences politiques*, París, Éditions du Seuil, 2004, p. 1489; Pilar Gonzalbo, “Reflexiones sobre el miedo en la historia”, en Pilar Gonzalbo, Anne Staples y Valentina Torres Septién (eds.), *Una historia de los usos del miedo*, México, El Colegio de México, 2009, p. 21;

nó la violencia también dentro de las comunidades negras, principalmente entre opositores y colaboradores del sistema, y debido a las disputas por el acceso a los escasos recursos.<sup>16</sup>

La violencia transformó negativamente la vida cotidiana de amplios sectores de la población civil africana, sobre todo en la región de KwaZulu-Natal, lo que aceleró la erosión del sistema del *apartheid*. Cuando la crueldad llega a límites excesivos e irreversibles, la violencia se vuelve una especie de vorágine incontenible, que degrada la condición humana —hasta niveles insospechados— de las personas que la sufren y de quienes la administran, que pueden quedar traumatizados por sus propios actos.

El objetivo en este artículo es elaborar una aproximación (teórica) al grado de sufrimiento de la población sudafricana negra en la última fase del *apartheid*, tomando como núcleo de análisis el cambio cualitativo en la cultura de la violencia, a partir del surgimiento de dos fenómenos inéditos en la escena política local: la extrema crueldad<sup>17</sup> registrada en comunidades africanas, en especial en la región de KwaZulu-Natal, y la aparición de los denominados *warlords* sudafricanos. Esta aproximación sólo puede ser teórica: sólo las personas que la sufrieron pueden expresar qué significó vivirla.

---

Monique Chemillier-Gendreau, *De la guerre à la communauté universelle*, París, Fallard, 2013, pp. 117-119.

<sup>16</sup> Por ejemplo, la disputa por el mercado entre propietarios negros (algunos de los cuales eran *warlords*) de los *kombis* (minibuses que dan servicio de taxis colectivos para población africana). Davenport y Saunders, *South Africa. A Modern History*, op. cit., p. 628; Kane-Berman, *Political violence in South Africa*, op. cit., p. 13; Peter Kerchhoff, “The role of the Churches”, documento presentado en la Conferencia sobre violencia política en la región de KwaZulu-Natal Midlands, 1984-1994, Durban, University of Natal, 28-30 de enero de 1998 (SAHA Doc. A 8), p. 3.

<sup>17</sup> Términos como “crueldad extraordinaria”, “violencia extrema” o “crueldad extrema”, entre otros, aparecen, en la gran mayoría de la bibliografía consultada, para describir los acontecimientos de ese periodo. R. Dadoun sostiene que en sentido estricto la violencia implica algo extremo, un exceso, una presión, una fuerza. Dadoun, *La violence*, op. cit., p. 8. Por su parte, Derrida, citando a Freud, identifica la pulsión de crueldad como una pulsión irreductible de muerte. Derrida identifica un vínculo entre la pulsión de crueldad y la pulsión de poder, como fenómenos irreductibles y tan antiguos como la humanidad. La política y las instituciones sociales —como avances de la cultura— sólo pueden intentar domesticar, diferir, aprender a negociar con la crueldad. Jacques Derrida, *États d'âme de la psychanalyse. L'impossible au-delà d'une souveraine cruauté*, París, Galilée, 2000, pp. 35-37. Una idea similar se encuentra en Chemillier-Gendreau, *De la guerre à la communauté universelle*, op. cit., pp. 117-118.

En el plano teórico no es una tarea fácil aproximarnos al grado de sufrimiento de la población negra, en la cual —como una reacción humana natural— se incubaron históricamente profundos rencores y deseos de venganza ante la falta de estructuras formales y mecanismos políticos que permitieran canalizar en forma pacífica el potencial de violencia colectiva de la población negra,<sup>18</sup> los cuales hubiesen evitado la crueldad en la revuelta de los *townships*. Hay una entrevista, de 1987, con un conocido líder de una organización de extrema derecha sudafricana (*Blanke Bevrydingsbeweging*, Movimiento de Liberación Blanca) que revela la deshumanización de los defensores del sistema de explotación, basada en una ideología de odio racial, de exclusión del “otro”, y en la persistencia del mito de que los africanos “no son seres humanos” (*sic*). En la entrevista, el líder subrayó que tenía 18 años involucrado en política y en la militancia “de varios grupos de derecha” que consideraban a la población negra como una “amenaza”, y respondió, entre otras, a las siguientes preguntas:

*¿Es usted un racista?*

Sí, definitivamente: soy un racista positivo, basado en el amor por mi raza.

*¿Usted odia a los negros?*

Debemos tomar en cuenta que histórica y científicamente se ha demostrado que los negros tienen una influencia degenerativa y destructiva en la cultura, la raza y el medio ambiente que son superiores a los de ellos [...] También aceptamos la responsabilidad de las razas blancas como el poder creativo en este planeta en el esquema de las leyes de la naturaleza. Leales a esta responsabilidad, no podemos tolerar la destrucción de cualquier aspecto del orden cultural, civilizado y ambiental en este planeta, por cualquier forma de vida en una colectividad, ya sean microorganismos, insectos, animales silvestres o seres humanos, tales como las razas no blancas [...]

*¿Puede usted, brevemente, establecer su filosofía general?*

Básicamente mi filosofía está centrada en torno de un punto crucial: la supervivencia y mejoramiento genético de la raza blanca [...] Las habilidades obtenidas a través de la lucha competitiva y el trabajo duro

<sup>18</sup>Debby Bonnin, “Legacies of political violence: An examination of political conflict in Mpumalanga Township, KwaZulu-Natal, South Africa”, *Transformation: Critical Perspectives on Southern Africa*, núm. 62, 2006, p. 60.

a lo largo de muchas generaciones están fijadas en el esquema genético de la raza, que culmina en el poder: las leyes de la naturaleza establecen que la especie mejor y más fuerte debe tomar el poder, y la mejor y la más fuerte es la raza blanca.<sup>19</sup>

El interés por este tema surgió, en parte, de la lectura de un artículo de Bernard Magubane —uno de los principales politólogos sudafricanos—, quien sostiene que para abordar la “totalidad histórica de horror”<sup>20</sup> en la que vivieron durante siglos las personas negras en Sudáfrica se estudian temas, conceptos y teorías que no son neutrales ni tienen una preocupación simplemente académica: están vinculados con las relaciones de poder; de los debates académicos entre historiadores, tanto liberales como marxistas, surge una pregunta fundamental y sin respuesta: “¿Dónde está la historia del sufrimiento de los negros?”.

Al abordar los actos violentos del periodo, *circa* 1984-1994, no se pretende ni “justificar” ni describir la violencia entre los africanos, sino más bien tratar de comprender por qué estalló en esa forma, y subrayar que esos acontecimientos, como afirma Magubane,<sup>21</sup> no son una historia antigua sin sentido pues su comprensión es relevante para explicar la realidad de Sudáfrica en el siglo XXI.

Este estudio se articula en torno de los siguientes argumentos. En primer término se destacan las características del contexto histórico de ese periodo, marcado —entre otros factores— por el deterioro del Estado sudafricano, la presencia de nuevos actores sociales, y la agudización de la represión y de las políticas de exclusión impuestas por el régimen sudafricano y por el papel jugado por algunos colaboradores africanos del régimen.

En segundo lugar, el surgimiento de dos fenómenos inéditos en la historia de Sudáfrica: la violencia extrema entre comunidades africanas y la aparición de los *warlords* (señores

<sup>19</sup> Johan Schabert, entrevista, *Kommando. Voice of the White Race*, núm. 3, agosto-septiembre de 1987, p. 2 (SAHA Doc. K-1).

<sup>20</sup> Magubane, “Whose memory-whose history?”, *op. cit.*, p. 254.

<sup>21</sup> *Ibid.*, p. 253. La importancia de estudiar la violencia en el periodo de estudio es compartida por Bonnin, quien afirma que constituye una oportunidad para analizar los obstáculos para construir una cultura democrática. Bonnin, “Legacies of political violence”, *op. cit.*, p. 60.

de la guerra), sobre todo en la región de KwaZulu-Natal. Es importante tomar en cuenta que ese periodo de violencia fue el antecedente inmediato de la primera elección general basada en la fórmula: “una persona, un voto” (1994), la cual puede ser calificada como la fase de gestación —compleja y contradictoria— de una nueva cultura política nacional incluyente.

Durante el periodo de estudio eran frecuentes las imágenes de violencia colectiva<sup>22</sup> entre la población negra de Sudáfrica al margen de una explicación histórico-política, transmitidas por los medios de información internacional masiva, lo que favoreció el mito que exponía la élite blanca en el poder en ese país: que se trataba de un episodio más de *black-on-black violence*, de simples “actos de barbarie”.

En este escrito se pone en tela de juicio ese mito y se plantea que, en sentido estricto, la violencia en ese periodo no tuvo su origen en las culturas de dichas comunidades; es preciso buscar una posible explicación en la coincidencia de distintos factores; entre otros, la pulsión de destrucción de la propia naturaleza humana —común a todos los seres racionales, independientemente del color de la piel—,<sup>23</sup> que suele ser controlada por los avances de la cultura<sup>24</sup> —por intermedio de instituciones sociales—, pero que puede surgir en condiciones extremas (como las

<sup>22</sup> Es importante subrayar que entre los rasgos distintivos de la violencia en ese periodo están, casi siempre, su carácter colectivo y el enfrentamiento entre comunidades africanas; muchas veces los colaboradores del régimen contaban con alguna forma de apoyo de órganos armados gubernamentales: los atacantes solían actuar en grupo (bandas o comandos); los ataques casi siempre eran destinados a un grupo (una familia, una aldea, una *township*) y en ocasiones la población participaba como testigos pasivos. Las principales formas de agresiones físicas —casi siempre mortales— eran: 1. golpear a las personas con palos; 2. disparar armas de fuego (muchas veces por la espalda); 3. en los últimos años de la revuelta, atacar con armas tradicionales (sobre todo machetes, lanzas y cuchillos) a población civil negra que viajaba en trenes suburbanos sobrecargados o en *kombies* (minibuses que daban servicio de taxis colectivos) por lo general en el Triángulo del Vaal, y 4. las denominadas ejecuciones *necklace* en los *townships* en presencia de sus pobladores y en contra de presuntos colaboradores africanos del régimen: “un neumático de hule era llenado con gasolina [y] colocado [por la fuerza] en el cuello de la víctima y entonces se le prendía fuego”. Tutu, “Forward”, *op. cit.*, p. ix.

<sup>23</sup> Esta tesis es compartida por varios de los autores consultados (S. Freud, R. Dadoun, J. Derrida, M. Chemillier-Gendreau). Braud, citando a John Keegan, afirma que a lo largo de la historia, los grandes hombres de Estado son hombres de la violencia. Braud, *Violences politiques*, *op. cit.*, p. 7.

<sup>24</sup> Uno de los grandes avances de la humanidad en el plano cultural es la creciente tendencia a abolir la pena de muerte en los distintos países.

guerras); en la dinámica de violencia históricamente gestada en Sudáfrica —que durante más de tres siglos de explotación racista y mediante mecanismos institucionales definía, confinaba y reducía a los africanos a ser una simple fuerza de trabajo—;<sup>25</sup> en la agudización de la represión oficial, sobre todo a partir de 1976, y en el deterioro de las condiciones socioeconómicas en las que sobrevivía gran parte de la población negra.

No puede ignorarse el efecto de “contagio” de la violencia institucional en las culturas africanas,<sup>26</sup> pero es más importante destacar que las culturas africanas no son irremisiblemente violentas; por lo tanto, el término de cultura de la violencia (que definía la cultura política de algunos grupos africanos en esa época), como referente del comportamiento agresivo de comunidades africanas en el periodo de estudio, implica la dimensión cultural que la violencia con fines políticos tomó en algunas zonas de Sudáfrica, en gran parte como producto de la exposición de las culturas africanas locales a la violencia ejercida por el sistema de explotación. Esta forma de cultura fue el producto histórico de un sistema de explotación racial, que implicaba valores y actitudes compartidos por la mayoría de la élite política y económica (por lo menos hasta finales de la década de 1980) y que tenía consecuencias políticas.

El fin oficial del *apartheid* era una condición esencial para superar esa década de cultura de la violencia, aunque “la herencia y las heridas permanecen”.<sup>27</sup> Después de 1994, la herencia del *apartheid* seguía viva en algunas partes de Sudáfrica, expresada en comportamientos políticos violentos y no democráticos, que demostraban la fragilidad de la democracia.<sup>28</sup> Es necesario elaborar una nueva cultura política para la construcción de espacios democráticos que involucren a la mayoría de la población —independientemente del color de la piel— y que deben partir —como sostiene Magubane— del reconocimiento de las heridas profundas que dejó la explotación racista entre la población negra.

<sup>25</sup> Magubane, “Whose memory-whose history?”, *op. cit.*, p. 254.

<sup>26</sup> “El colonizado [...] desde su nacimiento, le resulta claro que ese mundo estrecho, sembrado de contradicciones, no puede ser impugnado sino por la violencia absoluta”. Fanon, “La violencia”, *op. cit.*, p. 32.

<sup>27</sup> Kane-Berman, *Political violence in South Africa*, *op. cit.*, p. 15.

<sup>28</sup> Bonnin, “Legacies of political violence”, *op. cit.*, p. 60.

Son tomadas como referente algunas matanzas políticas,<sup>29</sup> realizadas en el periodo de estudio, en las que estuvieron involucrados como víctimas y victimarios algunos sectores de población civil africana, casi siempre a partir de la pertenencia étnica, considerando que en África subsahariana, ante la debilidad de las instituciones y las características de los sistemas culturales y de valores —entre otros aspectos—, las élites africanas, por lo general, recurren a las identidades étnicas como instrumento para movilizar a la población en el contexto de la lucha por el poder.

Hay un punto controversial en cuanto a la participación de fuerzas armadas vinculadas con el régimen en ataques en contra de opositores al sistema. En numerosas fuentes consultadas se subraya el apoyo —denunciado por testigos y reconocido tiempo más tarde por el último jefe de Estado de la era del *apartheid*— de dichas fuerzas en favor de los atacantes, aunque a veces se limitaban sólo a “permitir” las agresiones o eran policías fuera de servicio.<sup>30</sup>

<sup>29</sup> Es muy difícil conocer con precisión cuántas fueron las matanzas y cuánta gente murió por razones políticas durante el periodo de estudio. Las cifras pueden variar mucho de una investigación a otra, dependiendo de las fuentes utilizadas (como artículos de periódicos, entrevistas entre personas o con grupos, investigación de campo en zonas de conflicto). Por ejemplo, Phillip van Niekerk afirma que sólo en un año —septiembre de 1984 a septiembre de 1985— perdieron la vida más de 500 personas. Por otro lado, Kane-Berman —citando como fuente un informe publicado por “un grupo conocido como Human Rights Commission”— plantea que en 1990 y sólo en la región de Natal se llevaron a cabo 11 matanzas. Más adelante el autor pone en tela de juicio la veracidad de esos datos, pues afirma que en ese informe hubo un criterio selectivo para tomar en cuenta sólo algunas matanzas, y excluir otras en las que el número de muertos pudo haber sido superior en comparación con las matanzas reportadas. Otro autor —Anthony Minnaar— en el mismo año y en la misma región, sostiene que se registraron 41 matanzas y sólo para el periodo 1990-1994 en Natal menciona 190 matanzas; además, en la región de Gauteng (mismos años), reporta 156 matanzas. Phillip van Niekerk, “The spectre of the death squad”, *New African*, núm. 216, septiembre de 1985, p. 33; Kane-Berman, *Political violence in South Africa*, *op. cit.*, pp. 21-22; Anthony Minnaar, “The search for explanations: Researching, interpreting and analyzing the conflict and violence in KwaZulu Natal”, documento presentado en la Conferencia sobre violencia política en la región de KwaZulu-Natal Midlands, 1984-1994, University of Natal, Pietermaritzburg, 28-30 de enero de 1998 (SAHA Doc. A 8), p. 29; *Research Notes. Apartheid Years: An overview* (SAHA Doc. AL 3110, E1.27).

<sup>30</sup> Hay un relato, contado por dos conocidos periodistas sudafricanos, de una de las matanzas más conocidas —en el *township* de Boipatong en junio de 1992— en el que se refiere claramente la participación de policías blancos, para favorecer los ataques en contra de opositores africanos al régimen. Marinovich y Silva, *The Bang Bang Club*, *op. cit.*, pp. 94-106; Herbst, “Prospects for Revolution in South Africa”, *op. cit.*, p. 378.

Este artículo está basado en gran parte en documentos encontrados en los South African Historical Archives (SAHA) y en bibliografía consultada en la William Cullen Library, ambas instituciones pertenecientes a la Witwatersrand University, en Johannesburgo, República de Sudáfrica.<sup>31</sup> También tuve el apoyo invaluable y generoso de algunos sudafricanos anónimos que me relataron sus experiencias vividas en esos años, y más de algunos de ellos con quienes pude discutir los argumentos preliminares de este trabajo. La responsabilidad de lo aquí expresado es sola mía.

El artículo se divide en cuatro partes. Además de este planteamiento introductorio, en segundo lugar se presenta una aproximación teórico-conceptual para el análisis de Sudáfrica en el periodo de estudio, a partir del concepto de cultura de la violencia.<sup>32</sup> En la tercera parte se expone el contexto histórico de Sudáfrica —en los años ochenta y principios de los noventa del siglo pasado— que permite explicar el cambio en la cultura de la violencia en sectores africanos pauperizados, en especial en algunos *townships*. En la cuarta y última parte se abordan, a grandes rasgos, las especificidades del surgimiento de los dos fenómenos ya mencionados: la violencia entre comunidades africanas y el surgimiento de los señores de la guerra.

## Cultura y violencia política: aproximación teórico-conceptual

La cultura política<sup>33</sup> hace referencia al vínculo entre fenómenos culturales y políticos. Aunque existen varias corrientes de

<sup>31</sup> Para las estancias de investigación en Sudáfrica conté con el financiamiento parcial aportado en una ocasión por El Colegio de México y, en otra, por el Programa de Mejoramiento de Profesores (Promep-SEP-Conacyt). Agradezco esos financiamientos, sin los cuales hubiera sido imposible llevar a cabo esta investigación. Expreso mi reconocimiento tanto al personal de la William Cullen Library como de los SAHA, por su atención siempre atenta y eficaz. Sobre todo, en el caso del personal de los SAHA, siempre estaré agradecida por su trato humano y cálido, que permitió que mis largas jornadas de trabajo fueran especialmente agradables.

<sup>32</sup> En la era posterior al *apartheid* proliferó una nueva ola de violencia, en principio sin fines políticos, y que se explica como un ascenso de la delincuencia criminal, en parte como reacción de algunos sectores sociales ante el incremento de la desigualdad socioeconómica. Un caso aparte lo constituyen algunos brotes de violencia en contra de inmigrantes, por lo general africanos. Estos dos casos no son incluidos en este trabajo.

<sup>33</sup> Denys Cuhe, *La notion de culture dans les sciences sociales*, París, La Découverte, 2010, pp. 5, 127.

pensamiento, en la vertiente más difundida el término destaca el vínculo entre las orientaciones de los ciudadanos y el sistema político, en particular con las instituciones democráticas, lo que sirve de pretexto para excluir el análisis de las sociedades africanas contemporáneas, en las cuales la democracia suele ser débil.

Denis Cuche<sup>34</sup> afirma que en las primeras independencias africanas era nítido el vínculo entre sistema político y cultura. En la mayoría de los discursos políticos de esa época era esencial el reconocimiento del nexo entre cultura y política: hasta la fecha se considera como parte de la lucha política la afirmación de los africanos como sujetos creadores de historia y de cultura, por oposición a las tesis colonialistas que manejaban el mito de que eran pueblos “salvajes”. Magubane,<sup>35</sup> tomando como fuente a un autor muy conocido en la historiografía oficial del sistema racista, observa que los europeos afirmaban que ellos eran los únicos “humanos” en lo que hoy es la región de El Cabo, en Sudáfrica, y los habitantes africanos “no eran humanos, sino *savages of very low type*” (*sic*).

Sin desconocer la polémica<sup>36</sup> —e incluso, en algunos casos, el rechazo al uso de este término entre estudiosos de la realidad africana—, es importante destacar que en este artículo por cul-

<sup>34</sup> D. Cuche (*ibid.*, pp. 127-128) refiere el estudio de las culturas políticas a autores anglosajones.

<sup>35</sup> Cita a George Theal. Magubane, “Whose memory-whose history?”, *op. cit.*, p. 255.

<sup>36</sup> Dicho debate no es el objetivo de este trabajo. Sin embargo, es importante tomar en cuenta que en años recientes y para la comprensión del panorama político de África subsahariana este término fue popularizado, pero con un sentido distinto al asignado por los independentistas africanos, por organismos internacionales —en especial por el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial— que atribuyen el núcleo de la problemática africana poscolonial —inestabilidad política y económica, fragilidad de las instituciones y dificultades para construir procesos democráticos, entre otros— a la naturaleza de las culturas locales. Esto a su vez ha repercutido en el manejo del término de cultura política por parte de estudiosos de África, pero casi siempre para cuestionar el modelo dominante. Entre los textos revisados pueden mencionarse: Gabriel Almond y Sidney Verba, *The civic culture, political attitudes and democracy in five nations. An analytic study*, Boston, Little Brown, 1965; Lucian W. Pye, “Political culture revisited”, *Political Psychology*, vol. 12, núm. 3, septiembre de 1991, pp. 487-508; Jeff Goodwin, James M. Jasper y Jaswinder Khattra, “Caught in a winding. Snarling vine: The structural bias of political process theory”, *Sociological Forum*, vol. 14, núm. 1, marzo de 1999, pp. 27-54; Paul Nesbitt-Larking, “Methodological notes on the study of political culture”, *Political Psychology*, vol. 13, núm. 1, marzo de 1992, pp. 79-90.

tura política se entiende, a grandes rasgos, los valores culturales que orientan las distintas actitudes y comportamientos políticos. No existe en una sociedad dada una sola cultura política —sobre todo en países multiétnicos como Sudáfrica— y por lo tanto las concepciones del poder y del orden están referidas a los sistemas culturales de los diferentes sectores sociales.

Se recurre al concepto de cultura política (frecuente en artículos académicos y en periódicos africanos) en primer lugar para destacar las especificidades de Sudáfrica en ese momento histórico —en el cual las leyes negaban el estatus de ciudadano a los africanos—, particularmente en cuanto al significado y prácticas cotidianas de la formación de la identidad de la ciudadanía en sectores africanos —sobre todo, en los *townships*—, referida a los conflictos de poder en la sociedad.<sup>37</sup>

En segundo lugar, para destacar la relevancia de las culturas de los distintos grupos étnicos en Sudáfrica, las cuales no podían estar al margen del sistema de explotación, en la medida en que, en gran parte, las culturas son la síntesis histórica, más o menos dinámica y compleja, tanto de la violencia ejercida por el sistema de explotación racista como de diversos aspectos —como observaba Amílcar Cabral—<sup>38</sup> a la vez favorables al avance de la sociedad que de signo negativo, sin ignorar las pulsiones violentas aunque éstas no definan su naturaleza.

En las culturas contemporáneas de los grupos étnicos sudafricanos se integran aspectos de las culturas locales más antiguas,<sup>39</sup> donde no necesariamente están las raíces de la violencia; sin embargo, estar inmersas en una sociedad violenta

<sup>37</sup> Lu Weedu, "Conceptualizing culture possibilities for political science", *The American Political Science Review*, vol. 96, núm. 4, 2002, pp. 713-728, y Thiven Reddy, "ANC decline, social mobilization and political society: Understanding South Africa's evolving political culture", *Politikon*, vol. 37, núm. 2-3, diciembre de 2010, p. 185.

<sup>38</sup> Se retoma la concepción de Amílcar Cabral, quien sostenía que la cultura es, en cada momento de la vida de una sociedad, la síntesis más o menos dinámica de las relaciones que se establecen, por un lado entre los seres humanos y la naturaleza y, por el otro, entre los propios seres humanos; por lo tanto, no puede haber seres humanos sin cultura y la cultura no puede estar disociada de la política. En el caso de Sudáfrica, las culturas de los distintos grupos étnicos, no podían estar disociadas de la violencia ejercida por la explotación racista. Amílcar Cabral, *Unité et lutte I. L'arme de la théorie*, París, Maspero, 1975, pp. 199-200.

<sup>39</sup> Helen Lauer, "Depreciating African political culture", *Journal of Black Studies*, vol. 38, núm. 2, 2007, p. 7.

—expuestas cotidianamente y a lo largo de siglos a la violencia— implicaba un factor de riesgo para las culturas africanas, debido a que la violencia engendra violencia<sup>40</sup> y la represión acentúa esa dinámica negativa. Referida a la situación que se vivía en Sudáfrica en el periodo de estudio, ésta es una de las variables para tratar de explicar el estallido de semejante violencia, pues la cultura de la violencia era la expresión de la cultura política de algunos grupos africanos (no todos).

Hay dos aspectos que cabe sumar para entender por qué personas negras, casi siempre de los sectores socioeconómicos más bajos y que habían tenido un comportamiento normal, en condiciones extremas fueron capaces de participar —directamente o como espectadores pasivos— en actos de violencia perpetrados en contra de otras personas negras: el miedo y la exclusión.

El *miedo* es una estructura de base de la condición humana. La vida es, en sí misma, peligrosa y el miedo puede protegerla en cuanto es una especie de “alerta” natural ante el peligro, el dolor y la muerte. El miedo no es necesariamente negativo, sin embargo —en ciertas condiciones— puede paralizar, inhibir las experiencias, hacer perder la confianza y reducir el campo del entendimiento racional.<sup>41</sup>

Pilar Gonzalbo afirma que el miedo —individual, instintivo y físico—<sup>42</sup> es “universal y democrático en su capacidad de provocar sensaciones de angustia o de temor, repentinas o permanentes [...] se manifiesta en diversas formas y puede producir estados duraderos de alteración de los sentimientos, reacciones paralizantes o arrebatos violentos”.

A partir de que los seres humanos empezaron a agruparse en sociedades, observa Gonzalbo, el miedo individual se generalizó en formas de miedos colectivos y dejó de ser una respuesta espontánea “ante peligros inmediatos”. Los miedos colectivos, expresados en diferentes comportamientos y como consecuencia de circunstancias particulares (mentales, sociales, políticas y eco-

<sup>40</sup> Dadoun, *La violence*, *op. cit.*, p. 5.

<sup>41</sup> Jacqueline Girard-Frésard, *Les Peurs des Enfants*, París, Odile Jacob, 2009, p. 17.

<sup>42</sup> Pilar Gonzalbo también afirma que el miedo es un estado natural en todos los seres humanos, “constancial al género humano”. Gonzalbo, “Reflexiones sobre el miedo en la historia”, *op. cit.*, p. 21.

nómicas), son una constante a lo largo de la historia de la humanidad, suelen tener una base de realidad y expresan angustias y temores de los seres humanos en comunidad.<sup>43</sup> El problema es cuando los miedos colectivos se convierten en factores de inestabilidad, en un peso casi insoportable, sobre todo cuando se nutren de ideologías de odio y de rechazo “al otro”.

El miedo se relaciona con lo que se desea y con lo que se rechaza. El poder político del Estado puede servir para reprimir al resto a la población cuando teme un levantamiento en su contra.<sup>44</sup> La diferencia entre derecho y represión se diluye en estos casos. Los miedos colectivos sirven para “justificar” el uso de la violencia de quienes se sienten amenazados, para ejercer la violencia en contra del “otro”. Una comunidad con miedo puede ejercer violencia contra “el otro”, al que teme. Existe, por lo tanto, una dinámica histórica entre miedo-represión-violencia<sup>45</sup> y entre miedo-esperanza-violencia. Los miedos se vuelven difusos e irracionales cuando están en juego los aspectos esenciales para sobrevivir. Son las relaciones con otros seres humanos la principal fuente de sufrimiento y la amenaza del sufrimiento genera dolor y angustia, que se pueden expresar en violencia sin control.

En el terreno político, la *exclusión* está referida al objetivo esencial de las actividades humanas: se invalida la posibilidad de que un grupo determinado de la sociedad pueda lograr el bienestar y la protección y, por lo tanto, genera dolor y angustia en las personas que la sufren. Llevadas a límites extremos, las prácticas de exclusión se encarnan en acontecimientos violentos como las guerras civiles y, por lo general, están legitimadas en discursos políticos basados en prejuicios étnicos, ideologías de supremacía racial, odio y rechazo al “otro” (como el *apartheid*). Con la exclusión se busca “justificar” la existencia de altos niveles de desigualdad, injusticia social y opresión. La falta de justicia promueve la degradación de los valores éticos:

<sup>43</sup> Pilar Gonzalbo, “Introducción”, en Pilar Gonzalbo, Anne Staples y Valentina Torres Septién (eds.), *Una historia de los usos del miedo*, México, El Colegio de México, 2009, p. 9; Kane-Berman, *Political violence in South Africa*, *op. cit.*, p. 15.

<sup>44</sup> Gonzalbo, “Reflexiones sobre el miedo en la historia”, *op. cit.*, p. 22; Braud, *Violences politiques*, *op. cit.*, p. 8.

<sup>45</sup> Gonzalbo, “Introducción”, *op. cit.*, p. 10. Véanse también pp. 12 a 16.

la injusticia —la impunidad y, sobre todo, la falta de dignidad para el ser humano— favorece las condiciones propicias para el desencadenamiento de la tendencia agresiva en el ser humano, capaz de llevarla a límites insospechados.

A pesar de que la violencia tiene sus efectos más contrastantes y destructivos en el plano político,<sup>46</sup> no hay consenso entre autores y corrientes de pensamiento en cuanto a la definición de la violencia política;<sup>47</sup> además, dependiendo de diferencias sociales y culturales, esta definición puede variar de un contexto histórico a otro y es difícil hacer coincidir las diferencias.<sup>48</sup> Roger Scruton sostiene que la violencia implica la destrucción de aquello en lo que se aplica y, cuando está referida a la política, casi siempre involucra una noción justificante; en caso negativo implica la violación de un derecho.<sup>49</sup>

Braud observa que hay un vínculo orgánico entre violencia y sufrimiento, e introduce una variable fundamental, la calidad de las víctimas, que permite destacar la especificidad de la violencia y puede adquirir una gran relevancia política. Cuando se aborda el terreno político es difícil definir quiénes son las víctimas —sobre todo en casos complejos, como la revuelta de los *townships*, al considerar que personas que fueron víctimas en un momento dado, en otro pueden convertirse en víctima-

<sup>46</sup> Incluso las denominadas democracias avanzadas liberales no están exentas de distintas formas de violencia política. Braud, *Violences politiques*, op. cit., pp. 8, 38-41.

<sup>47</sup> Perry Mars, "The nature of political violence", *Social and Economic Studies*, vol. 24, núm. 2, junio de 1975, p. 221; Lukas Muntingh y Chandré Gould, *Towards an understanding of repeat violent offending. A review of the literature*, Documento de trabajo, núm. 213, Pretoria, Institute for Security Studies, julio de 2010, p. 1.

<sup>48</sup> Lukas Muntingh y Chandré Gould hacen una revisión de distintos textos, incluidos los escasos trabajos sudafricanos sobre este tema, para analizar la violencia en Sudáfrica, pero en el periodo posterior al *apartheid*. Por ejemplo, observan que la definición dada por la Organización Mundial de la Salud es muy amplia, mientras que otras definiciones la refieren fundamentalmente al campo jurídico, como la actividad delictiva criminal (individual) y penable. Esta última definición no puede ser aplicable al periodo de estudio. Muntingh y Gould, *Towards an understanding of repeat violent offending*, op. cit., p. 2. Hay otras definiciones, como la de Pierre Bordieu (cit. pos. Braud), quien identifica la violencia con las relaciones de dominación y de explotación económica, en especial en las sociedades capitalistas. Braud, *Violences politiques*, op. cit., pp. 13-14.

<sup>49</sup> Roger Scruton, *The Palgrave Macmillan Dictionary of Political Thought*, Londres, Palgrave Macmillan, 2006, p. 722. Hay otros autores que no consideran la destrucción como una variable distintiva de la violencia política, que podría expresarse en huelgas y en manifestaciones en las calles, entre otras.

rios— y muchas veces se vuelve una tarea casi imposible cuantificar el número de víctimas. El rasgo que caracteriza a la víctima es el sufrimiento, cuya expresión extrema es cuando la crueldad deliberada provoca la humillación, la angustia ante la vulnerabilidad. La crueldad, que genera una profunda sensación de inseguridad en las víctimas, puede manifestarse en la agresión material directa y en prácticas de genocidio (con el objetivo de eliminar físicamente a las víctimas), pero también en otras formas que pueden implicar la destrucción política de las víctimas, como las prácticas de exclusión, los discursos de odio étnico y de supremacía “racial”. Este autor, al afirmar que hay diferentes formas de sufrimiento —físico, mental, moral, simbólico—, dificulta aún más tanto la definición de violencia política cuanto la de víctima en esa forma de violencia.<sup>50</sup>

En un estudio publicado por un instituto de investigación en temas de seguridad sudafricano (Institute for Security Studies), Lukas Muntingh y Chandré Gould subrayan que la violencia política es un comportamiento intencional, y citan a Krug *et al.*, quienes afirman que, aunque indeseable, la violencia es un comportamiento común: es una característica constitutiva de todos los seres humanos. Significa aplicar o amenazar con aplicar la fuerza física, cuyo resultado es una lesión o hasta la muerte; es un daño intencionalmente provocado en contra de otra persona o contra un grupo.<sup>51</sup> Es, en palabras de Dadoun, la dimensión del “*homo violens*” inherente a todo ser humano, estructurado fundamentalmente por la violencia. En todos los seres humanos la tendencia agresiva es una disposición innata y autónoma: hay una hostilidad primordial entre los seres humanos.<sup>52</sup>

Perry Mars plantea que el principal problema para la definición de violencia política es la amplitud de factores que comprende; pero hay otras grandes dificultades para identificar la naturaleza política de otras formas de violencia y la pluralidad de términos que se usan para el mismo tipo de factores

<sup>50</sup> Braud, *Violences politiques*, *op. cit.*, pp. 18-20, 204-206.

<sup>51</sup> Muntingh y Gould, *Towards an understanding of repeat violent offending*, *op. cit.*, pp. 1-2.

<sup>52</sup> Dadoun, *La violence*, *op. cit.*, pp. 5, 110.

que se consideran característicos de la violencia política.<sup>53</sup> Para algunos autores, como Fanon,<sup>54</sup> al vincularla con la era de las luchas independentistas en África, la violencia tenía un carácter positivo (violencia liberadora); otros autores, que la vinculan con la guerra interna, le atribuyen una dimensión negativa, que implica el rompimiento de un orden político legal.

Otra gran diferencia —sostiene Mars— está referida a dos aspectos básicos ideológicos: si la violencia política implica equilibrio o desequilibrio del orden social y si es legítima (la violencia puesta al servicio del derecho) o ilegítima (que transgrede la ley). En una perspectiva positiva, la violencia política puede ser legítima, ser la respuesta ante un sistema social en desequilibrio y puede, por lo tanto, jugar un papel fundacional.

En una definición amplia, Braud —al citar a Nieburg— afirma que la violencia política es el conjunto de actos de desorganización, destrucción, daños, cuya selección de víctimas, circunstancias y sus efectos tienen un significado político.<sup>55</sup> Por su parte, Philippe Raymond y Stéphane Rais<sup>56</sup> definen la violencia política como:

[...] un mal físico o moral, provocado de manera deliberada a otra persona [...]; es una agresión [...] que provoca la reprobación moral [...] De un lado, suscita el resentimiento y la venganza como respuesta: mal por mal, la violencia llama a la violencia en un circuito de hostilidad sin salida. Por otro lado, su presencia masiva a lo largo de la historia, personal y social, la hace aparecer como un destino inexorable ligado a la condición humana, a la cual hay que resignarse pasivamente, replegándose hacia uno mismo [...] es un mal del cual el hombre es el autor [...]

La violencia asume diferentes expresiones externas. Dadoun sostiene que dicha forma de violencia se realiza en el marco de un conflicto político y presupone la existencia de objetivos

<sup>53</sup> Mars, "The nature of political violence", *op. cit.*, p. 221.

<sup>54</sup> "El colonizado descubre lo real y lo transforma en el movimiento de su praxis, en el ejercicio de la violencia, en su proyecto de liberación [...] el colonialismo no es una máquina de pensar, no es un cuerpo dotado de razón. Es la violencia en estado de naturaleza y no puede inclinarse sino ante una violencia mayor". Fanon, "La violencia", *op. cit.*, pp. 51 y 54.

<sup>55</sup> Braud, *Violences politiques*, *op. cit.*, p. 14.

<sup>56</sup> Philippe Raymond y Stéphane Rais (dirs.), *Dictionnaire de Philosophie Politique*, París, PUF, 1966, pp. 728 y 729.

políticos —aunque sean difusos y sin elaboración teórica— en aquellos que la llevan a cabo: la violencia tiene como finalidad preservar o fortalecer un poder establecido o bien derrocarlo.

Cuando la violencia es ejercida por el propio Estado, o por grupos asociados con éste, es calificada como violencia institucional (estructural). A pesar de los múltiples intentos por encontrar explicaciones de qué sucede para que en una sociedad la cultura de la violencia se vuelva una vorágine, no hay respuestas absolutas. Muntingh y Gould sostienen que el comportamiento violento colectivo puede desencadenarse cuando no existen otros recursos disponibles para expresar el descontento, sobre todo en los Estados autoritarios. En palabras de Dadoun, cuando no hay un principio organizador, regulador, que modere los comportamientos individuales y colectivos, lo único que queda es la “violencia en estado bruto, sin fe y sin ley”.<sup>57</sup>

Para los fines explicativos de este trabajo se distingue un vínculo entre violencia política colectiva, cultura de la violencia y explotación racista en Sudáfrica, en su expresión institucionalizada moderna (*apartheid*).

En síntesis, se explica la violencia colectiva en Sudáfrica, *circa* 1984-1994, como el resultado histórico de relaciones complejas entre distintos grupos africanos con diferentes intereses políticos. A la sombra del sistema de explotación se reprodujeron prácticas de dominación entre las comunidades africanas que generaron fracturas en el tejido social de las comunidades negras; al mismo tiempo, el sistema propició el surgimiento de miedos colectivos gestados en prácticas de exclusión, explotación y negación de la dignidad humana de la gente de piel negra.

Sin ignorar que el comportamiento violento de la población africana en el periodo de estudio tuvo como uno de sus detonantes la desigualdad socioeconómica entre la población blanca y la africana,<sup>58</sup> cuya gran mayoría vivía en la pobreza y

<sup>57</sup> Dadoun, *La violence*, *op. cit.*, p. 41.

<sup>58</sup> “Sudáfrica tenía el sentido de ser dos países en uno. Los blancos, generalmente hablando, vivían bajo un sistema democrático, mientras que los negros eran sujetos de los poderes dictatoriales de un aparato masivo, coercitivo y burocrático”. Kane-Berman, *Political violence in South Africa*, *op. cit.*, p. 11.

con altos niveles de desempleo, en este artículo se argumenta que hubo factores más decisivos, como la intensificación de la represión institucional, a partir de 1976, y la falta de una esperanza de futuro para la nueva generación negra que había crecido en medio de la violencia ejercida por cuerpos armados institucionales; hechos que acentuaron el sufrimiento y la angustia por la inseguridad y la crueldad del sistema.

Ante la inexistencia de mecanismos que canalizaran el potencial del comportamiento colectivo y de mediación de las diferencias de la población negra hacia objetivos constructivos, estalló en forma simultánea y como un síntoma de desesperación —y de una apropiación de la cultura de la violencia estructural— la violencia de la población africana, tanto en contra del sistema como entre diferentes grupos africanos, con base en una posición política diferenciada frente al sistema. Ante la represión oficial empezaron a surgir las denominadas organizaciones civiles, conocidas coloquialmente como los *civics*,<sup>59</sup> que tenían como finalidad fortalecer las estructuras de las unidades de base (desde cuadradas hasta *townships*) y proporcionar a la población negra los servicios que el sistema les negaba, como la construcción de escuelas y dispensarios. Los *civics* jugarían un papel importante, como mediadores favorables a una cultura democrática, en los difíciles años de la revuelta de los *townships*.

### El contexto histórico

En Sudáfrica tanto la sociedad como el Estado se gestaron, crecieron y maduraron en un contexto dominado por la violencia institucional, la cual constituyó una de las principales constantes en la historia de la explotación racista, a partir de 1652. A lo largo de esa historia, el fenómeno de la violencia estructural asumió distintas formas e incluso comprendió diferentes actores, pero durante más de tres siglos la génesis de la cultura de la violencia residía en la naturaleza del sistema de explotación, cuya contradicción esencial opuso a la élite dominante blanca con la mayoría de la población negra, la cual

<sup>59</sup> *Ibid.*, p. 37.

desarrolló diferentes formas de lucha contra la explotación racista. Muchos trabajos de historia sudafricana revelan una mala comprensión del grado de sufrimiento de la población negra y “especialmente de la naturaleza de las luchas africanas”.<sup>60</sup>

La revuelta de los *townships* estuvo precedida por dos olas de protestas populares, que se extendieron nacionalmente, pero que fueron reprimidas por la violencia del régimen. Una de las consecuencias fue la prohibición de los grupos asociados con la oposición al *apartheid*. La primera —en el contexto de la revuelta de Sharpeville— tuvo lugar a inicios de los años sesenta, cuando fueron condenados a la clandestinidad los dos grandes movimientos de liberación nacional: el Congreso Nacional Africano (conocido por sus siglas en inglés como ANC) y el Congreso Panafricano (PAC, por sus siglas en inglés). Las principales figuras de la disidencia huyeron al exilio, fueron apresados (como Nelson Mandela),<sup>61</sup> condenados a vivir en la clandestinidad o perdieron la vida. Estos hechos favorecieron la propaganda internacional del régimen, que afirmaba que el pequeño grupo de “comunistas violentos” (*sic*), contrarios a la “civilización cristiana” de la minoría blanca, había sido destruido.

La segunda ola de prohibiciones —como producto de la revuelta de Soweto— tuvo lugar en 1977, para detener la creciente influencia del movimiento de Black Consciousness.<sup>62</sup> En esa ocasión fueron prohibidas 18 organizaciones (además de dos periódicos) opuestas al *apartheid* y Steve Biko, dirigente del BC y en esa época principal líder de la oposición al sistema, murió en forma extraña, mientras se encontraba en prisión. Durante

<sup>60</sup> Magubane, “Whose memory-whose history?”, *op. cit.*, p. 274.

<sup>61</sup> Ante la imposibilidad de conseguir un cambio por la vía pacífica y ante la violenta represión del régimen, Mandela decidió crear el brazo armado del ANC con la finalidad de realizar actos de sabotaje que obligaran a la élite blanca dominante a negociar con los opositores al sistema. Poco tiempo después, Mandela fue apresado y condenado a prisión perpetua. La lucha armada fue inviable.

<sup>62</sup> Black Consciousness (BC) fue un movimiento contrario a toda forma de violencia. Tuvo como antecedente la formación, a finales de la década de 1960, de un grupo de estudiantes negros, la Organización de Estudiantes Sudafricanos (SASO, por sus siglas en inglés). Seekings, *The UDF, op. cit.*, p. 30; Wessel de Kock, *Usuthu! Cry Peace. The Black liberation movement Inkatha and the fight for a just South Africa*, Ciudad del Cabo, The Open Hand Press, 1986, p. 77; *Research Notes. Apartheid Years: An overview* (SAHA Doc. AL 3110, E1.27).

la revuelta —junio de 1976 a octubre de 1977— en promedio perdieron la vida por motivos políticos 44 personas por mes (algunos menores de edad), por lo general por ataques policíacos. Una comisión de investigación, creada por el gobierno, afirmó que los disparos en contra de población civil negra “habían sido justificados”. Kane-Berman afirma que si en la manifestación de protesta, que desencadenó la revuelta, la policía no hubiese disparado en contra de escolares desarmados, la revuelta no habría tenido lugar.<sup>63</sup>

La matanza de Soweto fue el inicio de la ruptura ética y política, sobre todo en la región de KwaZulu-Natal, que crearía el terreno favorable al cambio cualitativo de la cultura de la violencia en la década de 1980. A partir de ese momento se intensificó y amplió el margen de la represión gubernamental, y asumió un carácter más violento.<sup>64</sup> Niños y adolescentes durante la época de la matanza, una década más tarde se convertirían en una nueva vertiente radical en contra del sistema, los llamados “jóvenes leones”,<sup>65</sup> algunos de los cuales, siendo adolescentes, habían huido al exilio para recibir entrenamiento militar.

En el marco de la represión, el régimen del *apartheid* creó un clima de terror que implicaba un doble ejercicio cotidiano de la violencia en contra de la población civil negra: por un lado era explotada como fuerza de trabajo y se ejercía sobre ella una violencia estructural extrema, cimentada en un engranaje legal que negaba a los africanos desde la libertad para decidir el lugar en el querían vivir o para realizar trabajos calificados hasta la dignidad de seres humanos.<sup>66</sup> Se aplicaron con rigor las leyes en contra de los disidentes, incluidos los castigos físicos

<sup>63</sup> Kane-Berman, *Political violence in South Africa*, op. cit., p. 29; Davenport y Saunders, *South Africa. A Modern History*, op. cit., pp. 449-450.

<sup>64</sup> El *apartheid*, calificado en 1977 por la Corte Internacional de Justicia de las Naciones Unidas como crimen de genocidio, de *lesa humanidad*.

<sup>65</sup> Kane-Berman, *Political violence in South Africa*, op. cit., pp. 42-43.

<sup>66</sup> A partir de la revuelta de Soweto la represión institucional se intensificó: entre los arrestados muchos eran menores de edad; los opositores al *apartheid* eran satanizados como “comunistas” (en el contexto de la Guerra Fría); podían ser declarados “personas prohibidas”; sometidos a arresto domiciliario; algunos fueron golpeados hasta provocarles la muerte, otros murieron en condiciones extrañas estando presos; los familiares de los disidentes eran objeto de medidas coercitivas. Hay una amplia literatura sobre el tema, mencionada en la bibliografía.

y la pena de muerte;<sup>67</sup> por otro lado, en los *townships* la gente africana era objeto de otra forma de violencia colectiva, ejercida por grupos de negros con distintas opciones políticas, algunos de los cuales colaboraban con el régimen: los partidarios del movimiento Inkatha.

En KwaZulu-Natal, encabezado por el dirigente zulú Mangosuthu Buthelezi, a mediados de la década de 1970 y en el marco de la campaña de represión por la revuelta popular de Soweto, fue revivido<sup>68</sup> en forma artificial el Inkatha National Cultural Liberation Movement (Inkatha Yenkululeko Yeziswe, conocido en forma abreviada como Inkatha), como una organización exclusivamente zulú, con una política de resistencia al *apartheid* y, más tarde, con medidas de sabotaje, contraria a la falsa “independencia” de los *homelands* (bantustanes), pero que en forma contradictoria evitaba la confrontación directa con el gobierno racista y actuaba dentro de los márgenes políticos de los *homelands*, lo que sería calificado por jóvenes negros radicales<sup>69</sup> de los *townships* como una política de colaboración de facto con el régimen. En los inicios de la nueva etapa, en la década de 1970, cuando había un vacío de poder entre la población zulú, Inkatha retomó los símbolos y el himno del ANC, lo que se tradujo en una nueva y compleja configuración de fuerzas *antiapartheid*.

Durante algunos años, Inkatha logró una buena relación con el movimiento sindical independiente (africano) y con los empresarios blancos. En 1979 rompió su precario vínculo con el ANC,

<sup>67</sup> Entre 1978 y 1988 fueron condenadas a muerte y ejecutadas por ahorcamiento 1335 personas. La cifra, sin embargo, no comprende las ejecuciones “legales” llevadas a cabo en los denominados “hogares patrios” (bantustanes). *Research Notes. Apartheid Years: An overview* (SAHA Doc. AL 3110, E1.27).

<sup>68</sup> El movimiento Inkatha fue creado por una pequeña élite zulú educada a la manera occidental, originalmente en la década de 1920, en el marco estrecho de la legalidad permitida por el régimen, para promover la identidad zulú, mediante una organización cultural zulú. Desapareció pocos años después. James Barber, *South Africa in the twentieth Century. A Political History – In search of a Nation State*, Londres, Blackwell, 1999, pp. 189-192; Mary de Haas y Paulus Zulu, “Ethnicity and Federalism: The case of KwaZulu/Natal”, *Journal of Southern African Studies*, vol. 20, núm. 3, septiembre de 1994, p. 436; Gerhard Maré y Geogina Hamilton, *An appetite for power. Buthelezi’s Inkatha and South Africa*, Johannesburgo, Ravan Press, 1987, p. 10; Kock, *Usuthu! Cry Peace*, op. cit., pp. 77-78.

<sup>69</sup> Eran definidos como “radicales” los africanos que simpatizaban o eran militantes del ANC, el sindicalismo independiente (Cosatu) o el Frente Democrático Unido (UDF).

al negarse a reconocer la autoridad del liderazgo en el exilio de dicho movimiento, convirtiéndose inmediatamente en su principal enemigo; al mismo tiempo, se deterioraban sus vínculos con el movimiento sindical independiente, se definía la tendencia hacia la militarización de sus filas con la creación de grupos armados (*impis*)<sup>70</sup> y se fortalecía su nexo con los empresarios blancos; sin embargo, mantuvo su rechazo a la imposición gubernamental de la “independencia” de los *homelands*.

La intensificación de la represión y el renacimiento de Inkatha como secuelas de la revuelta de Soweto coincidieron, a finales de la década de 1970, con la crisis orgánica del *apartheid* que se expresó en forma simultánea en la economía, la sociedad y la política. Para intentar enfrentar la crisis, el régimen implementó un programa de reformas, que no tenía como finalidad alterar la esencia del sistema de explotación racista sino imprimirle una nueva vitalidad,<sup>71</sup> pero que aceleró las fisuras en la antes unificada minoría blanca, principalmente en el partido gobernante (NP: Nationalist Party).<sup>72</sup>

Por otro lado, junto al recrudescimiento de la represión, el Estado intentó imponer a sectores políticos moderados africanos —encabezados por Inkatha y por las autoridades entre los bantustanes (*homelands*)— como una fuerza viable, lo que avivó la violencia y favoreció el surgimiento de nuevos actores sociales que pronto se traduciría en una gran movilización, sobre todo de jóvenes negros en los *townships*.

<sup>70</sup> *Impis* es el nombre tradicional, en lengua zulú, del ejército fundado con el rey Shaka a inicios del siglo XIX. A finales de la década de 1970 asumió una nueva connotación, como “banda armada” de Inkatha. La tendencia hacia la militarización de Inkatha comenzó poco después de su renacimiento, en esa década, cuando fueron creadas dos brigadas: la juvenil y más tarde la de mujeres. Davenport y Saunders, *South Africa. A Modern History*, *op. cit.*, p. 484.

<sup>71</sup> La primera etapa de reformas tuvo lugar entre 1977 y 1982, la segunda entre 1982 y 1987 y la tercera entre 1987 y 1989. A partir de 1990, con la liberación de los presos políticos más famosos, comenzó simbólicamente la fase de transición, conocida como la “normalización política”. De manera simbólica, se considera a la primera elección (1994) basada en la fórmula “una persona un voto”, independientemente del color de la piel, como el fin del *apartheid*. Hein Marais, *South Africa. Limits to Change. The political Economy of Transition*, Londres-Nueva York-Ciudad del Cabo, Zed Books-University of Cape Town Press, 2001, pp. 42-56; O’Meara, *Forty lost years*, *op. cit.*, pp. 254-264.

<sup>72</sup> Phillip van Niekerk, “South Africa: The system in cracking”, *New African*, núm. 206, noviembre de 1984, pp. 15, 17.

Inkatha también se oponía a la Constitución de 1984, pero por motivos muy distintos a los de los simpatizantes del ANC. Además, de acuerdo con Aitchison,<sup>73</sup> Inkatha no estaba preparado para el resurgimiento de la movilización masiva *antiapartheid*.

Aun antes de concluir y a pesar de que el gobierno se negaba a admitir su fracaso, el programa de reformas en los primeros años de la década de 1980 ya era inútil, cuando la escena política fue “dramáticamente transformada” debido a la “sorprendente y horrificada violencia en los *townships* negros, simultáneamente como un síntoma y como una causa del cambio sin precedentes [...] Por primera vez la República de Sudáfrica enfrentaba una crisis verdadera”.<sup>74</sup> Parecía haber caído en una espiral interminable de cultura de la violencia.<sup>75</sup>

Como piedra angular de la segunda fase de reformas, en agosto de 1983 fue sometido a referendo —sin participación de la población negra—<sup>76</sup> un proyecto constitucional, previamente aprobado por el parlamento (blanco). La nueva Constitución de 1984<sup>77</sup> fue calificada por el régimen como “reformista”, pero por otras voces como simplemente “cosmética”,<sup>78</sup> en la medida en que no alteraba la esencia del fenómeno de explotación. Entre otros aspectos, por primera vez en la historia de ese país se adoptó una “fórmula para compartir el poder”, con el establecimiento de un parlamento tricameral electo: una

<sup>73</sup> John Aitchison, “The curse and causes of the Midlands violence in the Eighties and Nineties”, documento presentado en la Conferencia sobre violencia política en la región de KwaZulu-Natal Midlands, 1984-1994, University of Natal, Pietermaritzburg, 28-30 de enero de 1998 (SAHA Doc. 33 [3], A 8).

<sup>74</sup> Gutteridge (ed.), *South Africa. From apartheid to National Unity, 1981-1994*, *op. cit.*, p. 123. Véase también: Howard Barrell, “After the elections”, *New African*, núm. 205, octubre de 1985, p. 31.

<sup>75</sup> A finales de la década de 1980 la situación era calificada como “una guerra de baja intensidad”. Saunders y Southey, *A Dictionary of South African History*, *op. cit.*, p. 91.

<sup>76</sup> Se calcula que en ese año, 80% de la población total (unos 23 millones) eran personas de piel negra. Colin Legum, “Botha in a bind”, *New African*, núm. 247, abril de 1988, p. 32; Barrell, “After the elections”, *op. cit.*, pp. 30-31.

<sup>77</sup> Fue aprobada en 1983, pero debido al año en que entró en vigor es conocida como la Constitución de 1984. Barrell, *idem*.

<sup>78</sup> Fue calificada como “cosmética” por distintos sectores, desde el movimiento moderado zulú encabezado por Buthelezi, hasta grupos identificados con el opositor Congreso Nacional Africano. Davenport y Saunders, *South Africa. A Modern History*, *op. cit.*, p. 502; Legum, “Botha in a bind”, *op. cit.*, p. 32.

cámara exclusiva para la población mestiza, de aproximadamente 2.6 millones de personas —denominada por las leyes racistas como *Coloured*—,<sup>79</sup> otra exclusiva para descendientes de asiáticos de alrededor de 800 000 personas, y otra exclusiva para la población blanca, la cual en comparación con los otros grupos poblacionales incluidos en la “fórmula para compartir el poder” (descendientes de asiáticos y mestizos o *coloureds*) era mayoritaria y tenía derecho de veto sobre la legislación aprobada por las otras dos cámaras.

La nueva Constitución fortaleció la exclusión de la población negra, e hizo casi imposible que legalmente pudiese adquirir la ciudadanía sudafricana para seguir siendo considerada técnicamente como “extranjera” en la “Sudáfrica blanca”. Aunque millones de personas negras vivían en los *townships*, ubicados en los alrededores de las ciudades “blancas”, y en los hostales conurbados (*hostel*), por lo general sólo a hombres africanos calificados como mano de obra “migrante” se les asignaba oficialmente como “residencia legal” los denominados *homelands* u “hogares patrios” (*sic*), versión moderna de las reservas para africanos de los siglos XVII-XIX y conocidos como bantustanes en las décadas de 1960 y 1970.

En los inicios de la década de 1980 la violencia estaba a flor de piel. Eran notables los cambios en la escena sudafricana y la intensificación de la represión oficial había golpeado fuertemente a los opositores al régimen, tanto interna como regionalmente, con el asesinato de destacadas figuras *antiapartheid* —sin importar el color de la piel— en el exilio.<sup>80</sup> En ese contexto, algunas voces advirtieron que la nueva Constitución era “una prescripción para crear el conflicto”.<sup>81</sup>

Con la entrada en vigor de la Constitución (septiembre de 1984) comenzó la nueva ola de protestas populares que invadió las calles —inicialmente en contra del incremento de rentas a las

<sup>79</sup> H. Barrell sostiene que, como muestra de solidaridad con la población negra, aunque fueron convocados a participar en el referendo de 1983, 80% de los electores potenciales entre las comunidades de origen asiático y mixto se abstuvieron de votar. Barrell, “After the elections”, *op. cit.*, p. 30.

<sup>80</sup> Uno de los asesinatos más famosos a inicios de la década de 1980 fue el de la historiadora y militante *antiapartheid* Ruth First, quien murió por una carta-bomba cuando estaba en el exilio.

<sup>81</sup> Kane-Berman, *Political violence in South Africa*, *op. cit.*, p. 32.

viviendas y de nuevos impuestos introducidos por autoridades locales negras, calificadas como “colaboradoras” del régimen—<sup>82</sup> y que paulatinamente se extendería a todo el país, promoviendo y acelerando otros motivos de protesta popular, invadiendo el terreno de lo político, y adoptando nuevas formas de lucha contra el sistema hasta alcanzar niveles sin precedentes, ante la incapacidad del régimen para aplicar en forma efectiva las viejas formas de represión.<sup>83</sup>

Pronto la protesta popular asumió un carácter violento, tanto en contra del sistema como entre comunidades africanas, y marcó un cambio cualitativo con la cultura de la violencia: a diferencia de los acontecimientos de la década de 1970, a partir de 1984 la represión institucional fue intensificada y se creó un clima de terror: la policía recibió autorización para detener a la gente en forma indefinida, sin tener contacto con abogados, familiares o amigos, y algunos presos africanos murieron en condiciones extrañas. En esa época sólo unos cuantos policías fueron enjuiciados; por ello, John Kane-Berman observa:

[...] el mensaje que el gobierno envía en efecto a la policía de seguridad es que es aceptable torturar a la gente [...] Aunque los poderes de la policía para detener sin juicio fueron severamente limitados (de un periodo indefinido a un máximo de diez días), la gente continuó muriendo a un ritmo acelerado bajo custodia policiaca: 153 en 1991 y 210 en 1992, de acuerdo con las propias cifras del gobierno [...]<sup>84</sup>

Se multiplicó el número de muertos por mes debido a la violencia política —unos 200 en la década de 1980, y en los primeros años de la de 1990 unos 458 por mes—, pero los responsables de esos decesos no eran solamente grupos armados vinculados con el régimen, sino también bandas africanas, al principio con armas tradicionales como *pangas* (machetes), cuchillos y lanzas, además de bombas de gasolina, pero tiempo más tarde con armas de fuego importadas. Otro aspecto impor-

<sup>82</sup> Herbst, “Prospects for Revolution in South Africa”, *op. cit.*, p. 378; Kane-Berman, *Political violence in South Africa*, *op. cit.*, p. 37.

<sup>83</sup> Ante los nuevos estallidos de rechazo de la población africana por la Constitución de 1984, en un cambio radical, el gobierno desplegó grandes contingentes militares, fuertemente armados, en los *townships*, y desató las primeras matanzas. Barrell, “Defiance grows”, *op. cit.*, pp. 35-36.

<sup>84</sup> Kane-Berman, *Political violence in South Africa*, *op. cit.*, p. 20.

tante que cabe considerar para entender ese cambio cualitativo en la cultura de la violencia —que significó la apropiación de la violencia de los explotadores por los explotados— fue el surgimiento de nuevos actores sociales y el desarrollo de nuevas alternativas de lucha.

### La última década del *apartheid*<sup>85</sup>

La vida cotidiana bajo el *apartheid* se desarrollaba en un contexto marcado por pequeñas alteridades violentas, que hacían que las comunidades africanas se percibieran a sí mismas como víctimas, sujetas a amenazas, hostilidades, prohibiciones, agresiones y exclusiones del sistema, que se traducían en miedos colectivos. La represión sin límites creó un alto nivel de angustia y creciente desesperación y desconfianza mutua entre la gente negra, la cual exigía un cambio que implicara la recuperación de su dignidad humana. También gran parte de la población blanca, permeada por los mitos milenarios, percibía a las otras alteridades (de cuya realidad sólo se tenía una *imagen* deformada) como la “amenaza negra” a su seguridad y prosperidad y, por lo tanto, “la eventualidad de ese cambio” le parecía un “futuro aterrador”.<sup>86</sup>

El carácter específico en el cambio de la cultura de la violencia en el periodo de estudio lo dio la coincidencia de diferentes factores en un momento histórico marcado por la crisis de legitimidad del sistema y por una violencia política que había adquirido su propia dinámica. La violencia ejercida a través de mecanismos institucionales y de formas difusas y cotidianas se agudizaba con el agotamiento del régimen, que intentaba renovarse sin ceder poder, buscando, por un lado, legitimarse con el reconocimiento externo para una transición aparente, basada en reformas superficiales del sistema, y, por otro lado,

<sup>85</sup> Para realizar este artículo fueron utilizadas, *in extenso*, diversas obras de historia de Sudáfrica, entre otras las de Davenport y Saunders, Worden y Barber, citadas en la bibliografía.

<sup>86</sup> El opositor al *apartheid* sudafricano Francis Meli, en los años más duros del *apartheid*, afirmaba que las pesadillas de los blancos eran el sueño de la población negra. Es la misma idea que se encuentra en escritos de Fanon en relación con la descolonización. Véase Fanon, “La violencia”, *op. cit.*, p. 30.

haciendo más difusas las tensiones internas y neutralizando la capacidad de acción de la sociedad civil, al cerrar los ya de por sí escasos espacios de participación política de la gente negra.

En la década de 1980 la posibilidad de un estallido violento entre la población negra era especialmente notable en la región de KwaZulu-Natal; sin embargo, también afectó las partes este y occidental de El Cabo y el Witswatersrand y, en menor medida, el Transvaal, Orange Free State y la región norte de El Cabo.<sup>87</sup> Para comprender las raíces de esa violencia política es necesario tomar en cuenta las formas en las cuales los intereses políticos nacionales y regionales afectaron las configuraciones locales de poder en dicha región, que entre la población negra eran protagonizadas por tres organizaciones fundamentales: los simpatizantes del ANC (legalmente prohibido), el Inkatha y, a partir de 1983, el Frente Democrático Unido (conocido por sus siglas en inglés como UDF: United Democratic Front).

A partir de los años ochenta del siglo XX crecieron los cinturones de miseria en las cercanías de las áreas urbanas (exclusivamente “blancas”), lo que favoreció nuevas divisiones en el complejo tejido social africano, entre los *townships* y los *squatters*, estos últimos formados por nuevas olas de migraciones técnicamente “ilegales” del campo hacia las ciudades.

El cambio en la cultura de la violencia y su expresión en la región de KwaZulu-Natal comenzó originalmente en cuatro tipos de escenarios: los *squatters* (poblados conurbados informales) en los alrededores de la ciudad de Durban; los *hostels* (habitados por hombres africanos, considerados como mano de obra migrante); los *townships* que habían dejado de estar bajo el control municipal de Durban y Pietermaritzburg, para quedar bajo el control directo del gobierno; los barrios pobres rurales en los “*homelands*” cerca de la ciudad de Pietermaritzburg. La falta de estructuras gubernamentales en estas zonas estaba ligada al rechazo del gobierno a permitir una urbanización rápida y permanente de gente negra y a su deseo de “castigar” el liderazgo KwaZulu por no solicitar la “independencia”.

Ante la prohibición del gobierno de la gran mayoría de los grupos defensores de la población negra, en los *townships*

<sup>87</sup> Herbst, “Prospects for Revolution in South Africa”, *op. cit.*, p. 337.

surgieron formas alternativas de resistencia, protagonizadas por nuevos sectores de la sociedad: en especial, desde la década de 1970, por el movimiento sindical independiente encabezado por el Congreso de Sindicatos Sudafricanos<sup>88</sup> (conocido como Cosatu por sus siglas en inglés: Congress of South African Trade Unions), por diversas y numerosas organizaciones sociales, algunas muy pequeñas (*civics*) pero que adquirirían relevancia —sobre todo, a principios de la década de 1990—, y por jóvenes negros radicales, muchos de los cuales habían sufrido la represión de la década de 1970 cuando eran niños o adolescentes —incluso habían recibido entrenamiento militar en el exilio— y que ante el deterioro de las condiciones de vida y el incremento del desempleo de la población africana asumían con desesperación la falta de futuro para ellos en el marco del *apartheid*.

Pronto el conflicto entre grupos identificados con el ANC e Inkatha asumió una forma violenta en los *townships*. Como antecedente de la revuelta que estalló en septiembre de 1984, en 1983 los *impis* de Inkatha se enfrentaron con estudiantes de la University of Zululand, considerados como simpatizantes del ANC. Poco tiempo después, Inkatha creó su propia central sindical (Uwusa: Union of Workers of South Africa), contraria a la aplicación de sanciones internacionales para aislar al régimen del *apartheid*.

De acuerdo con la política de los *homelands*, impuesta por el sistema del *apartheid*, desde los años setenta fue establecida la Zulu Territorial Authority (ZTA), con la finalidad de coordinar a las autoridades “tribales” de la provincia. A KwaZulu se le dotó de su propia asamblea legislativa (conocida por las siglas en inglés como KLA), compuesta por miembros de la antigua ZTA. Buthelezi, quien encabezaba la KLA,<sup>89</sup> fue construyendo un discurso en el que entretejía la nación zulú, la pertenencia a Inkatha y al *homeland* de KwaZulu. Las identidades étnicas, el acceso a los servicios y los recursos, y la afiliación política quedaron fuertemente mezclados. Las relaciones estrechas entre Inkatha y la KLA definían la política de la provincia. La

<sup>88</sup> *Ibid.*, p. 379.

<sup>89</sup> Davenport y Saunders, *South Africa. A Modern History*, *op. cit.*, pp. 434-435.

burocracia del *homeland* ofrecía empleo a aquellos que le eran leales y “obedientes”; la pertenencia a Inkatha era considerada como prueba de lealtad. De acuerdo con ésta, la KLA e Inkatha proporcionaban o suprimían servicios y empleos a la población africana; además, la relación de Inkatha con las instituciones creadas por el *apartheid* implicaba que cualquier oposición a dichas instituciones era interpretada como una oposición a Inkatha, al *homeland* de KwaZulu (definido como la nación zulú) y al propio Buthelezi.

Desde finales de la década de 1980 Inkatha perdía el control de los *townships*, con el notable predominio de grupos identificados con el ANC, aunque siempre había importantes excepciones: Inkatha logró mantener algunos pequeños nichos leales. La cultura de la violencia se expandió geográficamente desde las principales ciudades hacia los pequeños pueblos y zonas rurales en Natal.

Entre los nuevos actores destacaba el Frente Democrático Unido (UDF), que nació en el contexto del rechazo al referendo constitucional de 1983. Fue la organización *antiapartheid* más importante de la década de 1980 y reunía a un centenar de grupos multirraciales muy diversos entre sí —algunos de los cuales se identificaban con el ANC— pero que coincidían en su oposición al *apartheid*, a todas las formas de racismo y al enfoque colaboracionista con el régimen.<sup>90</sup> Rápidamente Inkatha calificó al UDF como un movimiento rival que debía ser combatido. El gobierno sudafricano, al principio, afirmó que detrás del UDF se encontraba el ANC, pero ante la falta de pruebas optó por culpar al UDF de ser el instigador de las revueltas en los *townships*; sin embargo, no podía prohibirlo debido en parte a la estructura descentralizada del UDF y en parte a la pretensión del gobierno de presentarse internacionalmente como “reformista”.

Como consecuencia de la agudización de la pobreza y el desempleo, en la gran mayoría de los *townships* surgieron jóvenes negros disidentes, a veces con estudios pero que no estaban

<sup>90</sup>Seekings señala que en enero de 1983 fue convocada una conferencia en Johannesburgo, que tendría como finalidad crear un “frente unido de ‘iglesias, asociaciones cívicas, sindicatos, organizaciones estudiantiles y grupos deportivos’ con la finalidad de oponerse a las reformas constitucionales del Estado”. Seekings, *The UDF*, *op. cit.*, pp. 29 y 48.

dispuestos a ser asesinados por los órganos represivos del sistema y, por lo tanto, estaban armados (los jóvenes leones),<sup>91</sup> sin futuro en el contexto del *apartheid*, identificados con el ANC, eran considerados radicales y conocidos como *comrades* (*amaqabane*).<sup>92</sup> Fueron los principales protagonistas de las nuevas alternativas de lucha, algunas polémicas:<sup>93</sup> principalmente los boicots al consumo en tiendas de personas calificadas como colaboradores del régimen; los *stayaway* tanto a escuelas como a trabajos (muy criticados por Inkatha); las campañas contra las autoridades locales negras (*black local authorities: BLA*)<sup>94</sup> y personas identificadas como sus “colaboradores”, cuya finalidad era desestabilizar a los gobiernos locales y que fue considerada la acción más exitosa, y, por último, las campañas en contra de policías, tanto negros como blancos,<sup>95</sup> los cuales en ocasiones eran asesinados.

Inkatha era identificado con aquellos africanos —*vigilantes*—<sup>96</sup> que localmente “ofrecían” protección y favores a los habitantes más empobrecidos en los *townships*, a cambio del pago de una cuota. Hasta finales de la década de 1980 los grupos armados de Inkatha —por lo general, apoyados por fuerzas policiales— eran la principal fuerza en los *townships*. Inkatha era un poder regional indudable en la provincia de KwaZulu-Natal.

<sup>91</sup> Herbst, “Prospects for Revolution in South Africa”, *op. cit.*, pp. 670-671.

<sup>92</sup> John Aitchison, *Historic origins and development of warlordism in KwaZulu Natal: From chiefdoms to warlordism*, Ciudad del Cabo, Truth and Reconciliation Commission, 1997 (SAHA Doc. AL 3110, E1.30), p. 7.

<sup>93</sup> Algunas voces afirmaban que los jóvenes radicales obligaban a la gente a unirse a estas formas alternativas de lucha. Por ejemplo, para el cumplimiento de los *stayaways* impedían que circularan los transportes utilizados por la gente negra, en especial los *kombies*; levantaban barricadas para impedir el paso y amenazaban a la gente con aplicarles “castigos” si no cumplían con las acciones *antiapartheid*. Este aspecto, expuesto entre otros por Kane-Berman, es cuestionado por otros autores.

<sup>94</sup> En 1983, el gobierno intentó crear consejos locales (Black Local Authorities Act) en diferentes *townships* para proyectar una falsa imagen de que eran representantes de la población africana. En realidad era poco frecuente que fueran elegidos.

<sup>95</sup> La policía sudafricana era responsabilizada por la muerte de africanos que estaban bajo su custodia, cuyas muertes solían ser atribuidas por las propias fuentes policíacas a “suicidios”, por llevar a cabo balaceras sin provocación en barrios negros y sobre todo a partir de la década de 1990 de formar parte de los temidos escuadrones de la muerte, que llevaban a cabo asesinatos “selectivos”, en contra de reconocidos líderes opositores. Aitchison, “The curse and causes...”, *op. cit.*, p. 10.

<sup>96</sup> Kane-Berman, *Political violence in South Africa*, *op. cit.*, pp. 22-24.

A mediados de la década de 1980 la tensión política se incrementó por distintos factores, entre los que destacaban los costos del transporte y de las viviendas para la población africana; el papel de Inkatha en los *townships*; el creciente conflicto entre los grupos armados de Inkatha y el UDF, y entre Inkatha y el movimiento sindical independiente; el incremento de los grupos de *vigilantes* en los *townships* vinculados con Inkatha, además de la intolerancia de las autoridades del *homeland* de KwaZulu y de Inkatha frente a la oposición.

Las tendencias en conflicto rápidamente se polarizaron, lo que dio como resultado actos de violencia, a veces sumamente cruentos, entre distintas comunidades africanas. Aunque la gran mayoría de las fuentes consultadas afirman que por lo general las víctimas eran contrarias a Inkatha y por lo menos en 80% de las atribuidas a gente de Inkatha estaba de alguna forma involucrado algún grupo de seguridad del gobierno<sup>97</sup> (incluso formados por ex militares de la antigua Rhodesia del Sur, hoy Zimbabwe, pero nunca había altos mandos policíacos o militares), también hubo ataques atribuidos a los *comrades* en contra de policías y de funcionarios africanos, tanto de aquellos que colaboraban con el régimen como de *vigilantes* de Inkatha.<sup>98</sup>

Los agresores actuaban sin disciplina, realizaban saqueos y terribles actos de violencia. Las matanzas eran cometidas en espacios limitados, en los cuales era difícil que las víctimas pudieran escapar; por ejemplo, las “matanzas de los trenes”, que comenzaron hacia 1990 y un año después habían alcanzado tal intensidad que prácticamente todos los días se cometía una matanza. A veces se utilizaban armas de fuego, pero los machetes y armas tradicionales del grupo étnico zulú eran los instrumentos más usuales. En esa época, el tren suburbano entre el *township* de Soweto y la ciudad de Johannesburgo transportaba todos los días, aproximadamente, 1.4 millones de personas, la gran mayoría obreros negros. Llegó un momento en que la violencia política escapó al control de los líderes y adquirió una dinámica propia.

<sup>97</sup> Mark Buttler, *Natal, violence and the elections*, Pietermaritzburg, University of Natal, 1994 (SAHA Doc. AL 310, G1-33), p. 1.

<sup>98</sup> Davenport y Saunders, *South Africa. A Modern History*, op. cit., p. 510; Noel Ndhlovu, “Inkatha exposed”, *New African*, num. 288, septiembre de 1991, p. 13.

En julio de 1985, el gobierno de P. W. Botha declaró el estado de emergencia en 36 distritos, descrito por un destacado abogado de Johannesburgo —citado por van Niekerk—<sup>99</sup> como una “licencia otorgada a la policía”, lo que se tradujo en “un poder policiaco totalmente sin control”. En algunas regiones —en especial en el Triángulo de Vaal y en KwaZulu-Natal— la situación se deterioró a tal grado que fue definida como “una guerra civil de baja intensidad”. El UDF se convirtió en el principal objetivo de la policía pero no fue prohibido, mientras que Inkatha parecía estar al margen de las regulaciones del estado de emergencia. En 1988, el gobierno prohibió la existencia de las 17 organizaciones opositoras al sistema “más articuladas”<sup>100</sup> —sin importar el color de la piel de sus integrantes—, lo que avivó los actos de violencia política.

Ante el fracaso del programa de reformas, en un ambiente dominado por la violencia, la élite en el poder parecía haber agotado su capacidad de legitimidad entre amplios sectores de la población blanca —que empezaban a asumir una posición crítica frente al papel del gobierno en la violencia— aunque parecía decidida a garantizar la continuidad del sistema a cualquier precio, mientras que el ANC<sup>101</sup> intensificaba la campaña para convertir en ingobernable al Estado y en inaplicable el *apartheid* y para obtener la liberación de los presos políticos, en especial de Nelson Mandela.

Esa estrategia era en realidad una forma de confrontar los problemas generados por la descentralización e incluso la tesis del régimen de que se trataba simplemente de una *black-on-black violence*. Es importante tomar en cuenta la complejidad de la situación en las zonas habitadas por gente negra en el periodo de estudio, sobre todo debido a la vinculación entre el grupo

<sup>99</sup> Niekerk, “The spectre of the death squad”, *op. cit.*, p. 33. Otro de los rasgos distintivos de la violencia política en el periodo de estudio fue la aparición, por lo menos desde 1985, de escuadrones de la muerte vinculados con grupos de ultraderecha, que realizaban “asesinatos selectivos” y “desapariciones”, principalmente en contra de activistas *antiapartheid* y defensores de derechos humanos. Phillip van Niekerk, citando a uno de los líderes del UDF, sostenía que dichos escuadrones “probablemente estaban vinculados con las autoridades”.

<sup>100</sup> Legum, “Botha in a bind”, *op. cit.*, p. 32.

<sup>101</sup> Phillip van Niekerk, “Legacy of Boipatong”, *New African*, núm. 299, agosto de 1992, pp. 14-15.

étnico zulú y el surgimiento de los llamados señores de la guerra. El Estado, de minoría blanca, había iniciado un programa de descentralización, para dejar el control y la administración de los *townships* y de los bantustanes (*homelands*) en manos de africanos “confiables” para el sistema —funcionarios y policías—, hecho que incrementó la importancia de los “poderosos locales” y propició el desarrollo de relaciones de explotación y clientelares, altamente desiguales, entre la población africana. Había un lazo orgánico entre el programa de descentralización y el desarrollo de relaciones clientelares altamente desiguales entre grupos africanos.

Tanto Minnaar<sup>102</sup> como Aitchison han estudiado los orígenes y el desarrollo histórico del *warlordism*<sup>103</sup> en KwaZulu-Natal, para tratar de descubrir algunos elementos claves que expliquen las causas y prácticas de la violencia política moderna en dicha provincia y su relación con los señores de la guerra. Minnaar, interesado en saber si hay alguna conexión histórica entre las facciones en pugna en el pasado zulú y la cultura de la violencia, afirma que aunque hay algunas similitudes en términos de movilización e incluso en la lucha por recursos escasos (incluida la tierra), hay muchas diferencias que permiten apreciar que la cultura de la violencia del periodo en estudio no puede ser interpretada a partir de las raíces históricas zulú.

Aitchison presenta una breve introducción histórica para explicar la forma de organización del gran reino zulú, en la época del rey guerrero Shaka. De esa época data la tradición de formar regimientos militarizados de hombres, reunidos a partir del criterio de grupos de edad (sistema *amabutho*), que realizaban algunas tareas, como la defensa externa y el mantenimiento del orden social interno. El rey, que tenía un gran poder de control, mantenía con los *amabutho* una relación de patronazgo; sin embargo —afirma este autor—, aunque el rey era poderoso, había también otras figuras poderosas (otros jefes con poder) y sus funciones estaban limitadas por leyes y costumbres. Los únicos aspectos que podrían vincular a los *warlords* de las décadas de 1980 y 1990 con las tradiciones del

<sup>102</sup> Minnaar, “The search for explanations”, *op. cit.*

<sup>103</sup> Para desarrollar este punto han sido usados *in extenso* los trabajos de A. Minnaar y J. Aitchison, citados en la bibliografía.

grupo zulú datan del periodo colonial, no de los orígenes históricos zulú, cuando surgió una nueva organización política que implicó la pérdida de poder de los jefes étnicos.<sup>104</sup> Este autor sostiene que el análisis del warlordismo no puede ser limitado al ámbito sociopolítico y económico reciente de la provincia de KwaZulu y considera que el contexto de estos abusos esta inevitablemente unido a los siglos de dominación blanca —cuando los jefes étnicos fueron convertidos en empleados al servicio de los europeos— y a los efectos del sistema del *apartheid*, al igual que a la lucha en contra de este sistema.

Según explica este autor, *warlord* es un término que se volvió frecuente en la provincia de KwaZulu-Natal a finales de la década de 1980, originalmente con un sentido peyorativo entre académicos, pero también descriptivo y analítico para hacer referencia a un número de “*vigilantes*” y de líderes de Inkatha que habían alcanzado una posición prominente en la creciente violencia política entre radicales y moderados (o tradicionalistas).

Uno de los puntos polémicos se refiere al uso de este término —por algunos autores como Aitchison— para definir a algunos líderes locales del ANC. En general, en las fuentes consultadas, aunque se reconoce que algunos de esos líderes podían tener un comportamiento similar al de los *warlords*, se prefiere denominarlos como *strongmen*.<sup>105</sup>

El término *warlord* fue probablemente usado primero por académicos que estudiaban la cultura de la violencia y casi de inmediato fue retomado por periodistas. Este término, en el caso de Sudáfrica, en el periodo de estudio, se refiere a algo más que a un simple líder en actividades violentas pues subraya la naturaleza de la relación política de tales líderes con otras fuerzas en la sociedad.

En el contexto de KwaZulu-Natal, un *warlord* era un poderoso líder local que obtenía y mantenía poder político en un área por una fuerza paramilitar o militar y que tenía una alianza ambigua o sólo nominal con una alta autoridad. Esta

<sup>104</sup> Aitchison, *Historic origins and development of warlordism in KwaZulu Natal*, *op. cit.*, pp. 11-15.

<sup>105</sup> El papel de los *strongmen* del ANC debe ser objeto de un estudio aparte, debido a su complejidad y a los riesgos de caer en peligrosas comparaciones y generalizaciones.

autoridad era usualmente Inkatha, pero también, en cierto sentido, podía ser la policía —incluso de gente negra—, que representaba al gobierno central. El *warlord* tendía a reunir un grupo de hombres “profesionales” fuertemente armados y pagaba por sus servicios, y extraía cuotas, multas y pagos por protección a la población local. Aunque el interés propio y la adquisición de bienestar personal jugaban un papel importante para la adquisición o mantenimiento del poder del *warlord*, la alianza política tenía un papel significativo para el logro de su poder. Solían estar rodeados por una leyenda moderna y se les atribuían poderes especiales e incluso invulnerabilidad personal.

Este fenómeno era producto de la coincidencia de ciertas condiciones, no sólo políticas sino también de naturaleza socio-económica, existentes en esta provincia. Los *warlords* explotaban la cultura de la violencia para hacer dinero; por lo tanto, mantener alto el nivel de conflicto no era sólo un objetivo político sino también un interés material: era su forma de vida.

Gran parte de la cultura de la violencia estuvo concentrada en los poblados más informales (*squatters*), en las cercanías de las ciudades de Pietermaritzburg y Durban. Por su propia naturaleza, estos poblados eran propensos a la violencia, en cuya organización participaban los *warlords*, producto de la propia inestabilidad política. Las condiciones en los *squatters* fueron un factor decisivo para el crecimiento del poder de los *warlords*. La falta de control formal o de alguna estructura alternativa, parafraseando a Dadoun, en la medida en que no había un principio organizador, regulador, que moderara los comportamientos individuales y colectivos, fue lo que permitió que los *warlords* se establecieran en dichas áreas; influyeron también ciertas políticas seguidas por el gobierno central para tratar de prevenir la urbanización de africanos y además los esfuerzos para implementar el sistema de los *homelands*. La inestabilidad política de mediados de la década de 1980 proporcionó a los *warlords* el medio fértil para sus actividades, sobre todo las vinculadas con la vigilancia, casi siempre en un clima de impunidad.

Otro factor que permitió el surgimiento de este fenómeno fue el hecho de que los ayuntamientos, en el entonces KwaZulu *homeland*, tenían pocos poderes y carecían de dinero para im-

poner su autoridad; ni siquiera cobraban impuestos debido a que los aspectos financieros estaban estrictamente controlados por el gobierno de KwaZulu. Su principal tarea era otorgar sitios en los *townships*; por lo tanto, el control sobre la escasa tierra asumía un papel fundamental.

Para Inkatha era importante la contribución económica de ciertos *warlords*. En las áreas en las cuales Inkatha tenía control absoluto, los *warlords* garantizaban el pago mensual de la pertenencia a Inkatha: a cambio de su apoyo político, los *warlords* tenían libertad para explotar a la población africana en su propio beneficio; a su vez, proporcionaban gente para las manifestaciones políticas, o vigilantes en caso necesario.

Aunque los grados de salvajismo y de destrucción también fueron rasgos distintivos del conflicto, el interés de este artículo reside en sus consecuencias más profundas, no en términos de estadísticas o de descripciones de formas de violencia, sino del efecto que la guerra tuvo en el sentido de comunidad de las poblaciones afectadas.

Es extraordinario el efecto de casi una década de “guerra civil de baja intensidad” en las comunidades de KwaZulu-Natal: como se afirma en una de las fuentes: convirtió a hombres ordinarios en violentos, en “*badmen*” capaces de cometer asesinatos horribles.

Entre las principales secuelas puede mencionarse una tendencia a considerar la violencia como la única o la más efectiva forma de lidiar con una amplia gama de tensiones sociales. La “victoria” en el área local era frecuentemente seguida por una riña violenta entre facciones, que previamente habían estado unidas en contra de un enemigo común externo, definido en términos políticos. Esta violencia intrapartidista era difícil de monitorear debido a que los participantes y las víctimas no hablaban tan abiertamente de este tema, como sí sucedía en el caso de un agresor externo como principal enemigo.

Además, la consecuencia más grave fue el hecho de que la violencia fuese percibida como un medio para obtener diversos objetivos. El ejemplo más obvio era la tendencia de Inkatha a forzar las concesiones, sobre todo en la década de 1990, para ganar un perfil político a través del involucramiento en la violencia política. En vísperas de la primera elección democrática,

los bajos niveles de tolerancia política también caracterizaban a las comunidades de KwaZulu-Natal; la gente estaba acostumbrada a expresar su oposición en forma violenta y a recurrir a medidas de intimidación para obtener fines políticos, en especial en las áreas rurales.

### A manera de conclusión

Lo antes expuesto puede favorecer una aproximación a lo que significó el sufrimiento de la población negra en el periodo de estudio. Aún hay muchas preguntas; la más importante: qué sucedió para que surgiera una ruptura ética y política que se tradujo en ese nivel de violencia. Entre las posibles explicaciones destaca el planteamiento de Aitchison,<sup>106</sup> quien menciona cuatro posibles explicaciones del origen de la cultura de la violencia en KwaZulu-Natal:

Por un lado, está la denominada teoría de la conspiración, que tiene dos variantes; en la primera, que a veces era compartida por el gobierno de esa época y por Inkatha, se suponía que había una conspiración de los “radicales” para hacer ingobernable la provincia y derrocar al gobierno en forma violenta. Para evitar esto era “comprensible” la mano dura de la policía y del gobierno. La vertiente de izquierda, identificada con sectores vinculados con el ANC, sostenía que había una conspiración de un misterioso grupo de choque conocido como *Third Force*, vinculado con las estructuras de seguridad del Estado, que buscaba desestabilizar al ANC y a sus aliados, estimulando las divisiones y la cultura de la violencia entre la población negra, y brindando apoyo logístico, armamento y entrenamiento militar a los grupos armados asociados con Inkatha. Distintos hechos, como el *inkathagate*<sup>107</sup> y las pruebas de que el ejército sudafricano había dado entrenamiento a 200

<sup>106</sup> Aitchison, “The curse and causes...”, *op. cit.*

<sup>107</sup> En julio de 1991 estalló un escándalo político cuando se supo que, de manera secreta, el gobierno del NP había financiado —desde hacía tiempo— a Inkatha y sus aliados, y ayudado a los grupos armados de Inkatha a recibir entrenamiento militar secreto en el norte de Zululandia y en la franja de Caprivi, Namibia. Saunders y Southey, *A Dictionary of South African History*, *op. cit.*, p. 92.

hombres de Inkatha, demostraron que al menos en parte esta teoría era cierta.

La segunda interpretación se basa en la formulación del gobierno del *apartheid*, de la *black-on-black violence*, muchas veces manipulada por el gobierno, que parte del prejuicio racista mencionado y que supone que las personas negras tienen por naturaleza culturas basadas en la violencia, con lo cual se pretendía ignorar que dicha violencia estaba inserta en estructuras del poder de la minoría blanca. De acuerdo con la perspectiva tomada en este artículo, están en tela de juicio las explicaciones que reducen el origen del fenómeno a aspectos calificados como *exclusivos* de la naturaleza cultural de los africanos.

La tercera interpretación atribuye la violencia a las carencias socioeconómicas como desencadenantes de la violencia. Esta interpretación era compartida por personas tan distintas como el entonces jefe de la policía de KwaZulu y algunos académicos marxistas. Implica que factores estructurales —como la pobreza crónica y el creciente desempleo— y los efectos destructivos del *apartheid* estimularon la génesis de la cultura de la violencia. Esta interpretación no logra explicar por qué la gente común y corriente optó por matar a otras personas de su propia región, por lo general también pobres, lo que provocó un mayor deterioro de las condiciones socioeconómicas de las poblaciones africanas. Para algunos autores —con los cuales coincide este artículo— estos factores socioeconómicos son importantes pero en combinación con otros, sobre todo los que vinculan el origen a la naturaleza de la explotación racista y a los consecuentes rencores y miedos gestados entre la población negra.

La última interpretación es la predominante entre la gran mayoría de autores que abordan este tema. Atribuye el origen de la cultura de la violencia entre la población africana a la acción de “bandos” y “partidos”, con capacidad material para matar. En otras palabras, si no hubiese habido partidos con una posición distinta frente al sistema, no habría habido violencia.

Esta última interpretación política sirve de referente para comprender en parte el origen de la cultura de la violencia, que en realidad se trató de un fenómeno multicausal: surgió por la coincidencia de múltiples factores, en parte producto histórico

de la explotación racista, en una coyuntura específica. Jugaron un papel importante tanto acciones más o menos planificadas, como las actividades de sectores conservadores de la sociedad y de organismos gubernamentales para desestabilizar a las fuerzas calificadas de radicales e impedir que tomaran el poder, incluso en un proceso de democratización.

También fueron importantes factores estructurales generados por el efecto negativo del *apartheid*, sin olvidar que las relaciones entre los líderes de Inkatha y sus seguidores estaban basadas no sólo en identificaciones ideológicas, sino también en ventajas instrumentales recíprocas y en gratificaciones étnicas simbólicas. En una sociedad con escasos recursos y con mecanismos excesivos de control, para los grupos de africanos altamente marginalizados la obtención de prebendas —permisos, viviendas, puestos de trabajo en el servicio público— podía ser la principal forma de sobrevivir.

La naturaleza de los principales actores políticos —Inkatha y el ANC y sus aliados, incluido el UDF y el movimiento sindical independiente (Cosatu)— no es suficiente para explicar la prolongada continuidad de la cultura de la violencia: en momentos críticos, los liderazgos del ANC y de Inkatha perdieron el control sobre amplios segmentos locales, que actuaban bajo sus propios intereses, al tiempo que bandas armadas explotaban la inseguridad y la confusión política.

También influyeron factores diversos, como la frustración e impotencia de los africanos ante su situación. En los actos de violencia podía participar población civil (predominantemente masculina) de los sectores sociales más empobrecidos, sin una conciencia política elaborada, que a la sombra de un discurso de exclusión adquirirían una relativa autonomía y autoridad para emprender una venganza ciega. Esa población civil, a veces, se confundía con grupos paramilitares vinculados con el gobierno o con miembros de la élite gobernante.

A finales de la década de 1980, la negociación con el ANC parecía la única salida viable para detener la inestabilidad e idear mecanismos de control de la cultura de la violencia entre comunidades africanas, y entre opositores y grupos vinculados con el sistema: el gobernante NP necesitaba contar con el apoyo del ANC; por su parte, el ANC no podía obtener un triunfo

fuera de una mesa de negociaciones. En un clima tenso, dominado por las desconfianzas mutuas, a inicios de la década de 1990 comenzó el proceso para dismantelar el sistema del *apartheid*, pero durante las negociaciones entre los grupos *antiapartheid* y los representantes del gobierno continuó la violencia política.

Después de 1994 los grandes retos son la construcción de una cultura política incluyente, basada en los derechos humanos de los diferentes grupos poblacionales y, sobre todo, la superación de las secuelas dejadas por la cultura de la violencia en ese periodo concreto, para evitar que ese tipo de sucesos puedan repetirse. ❖

*Dirección institucional de la autora:*  
*Centro de Estudios de Asia y África*  
*El Colegio de México*  
*Camino al Ajusco 20*  
*Pedregal de Sta. Teresa, México, D.F.*  
 ✉ [bvarela@colmex.mx](mailto:bvarela@colmex.mx)

### **Documentos de South African Historical Archives (SAHA), Witwatersrand University, Johannesburg, República de Sudáfrica**

AITCHISON, John, *Historic origins and development of warlordism in KwaZulu Natal: From chiefdoms to warlordism*, Ciudad del Cabo, Truth and Reconciliation Commission, 1997 (SAHA Doc. AL 3110, E1.30).

AITCHISON, John, "The curse and causes of the Midlands violence in the Eighties and Nineties", documento presentado en la Conferencia sobre violencia política en la región de KwaZulu-Natal Midlands, 1984-1994, University of Natal, Pietermaritzburg, 28-30 de enero de 1998 (SAHA Doc. 33 [3], A 8).

BUTTLER, Mark, *Natal, violence and the elections*, Pietermaritzburg, University of Natal, 1994 (SAHA Doc. AL 310, G1-33).

KERCHHOFF, Peter, "The role of the Churches", documento presentado en la Conferencia sobre violencia política en la región de KwaZulu-Natal Midlands, 1984-1994, Durban, University of Natal, 28-30 de enero de 1998 (SAHA Doc. A 8).

MINNAAR, Anthony, "The search for explanations: Researching, inter-

preting and analyzing the conflict and violence in KwaZulu Natal”, documento presentado en la Conferencia sobre violencia política en la región de KwaZulu-Natal Midlands, 1984-1994, University of Natal, Pietermaritzburg, 28-30 de enero de 1998 (SAHA Doc. A 8).

*Research Notes. Apartheid Years: An overview* (SAHA Doc. AL 3110, E1.27).

SCHABORT, Johan, entrevista, *Kommando. Voice of the White Race*, núm. 3, agosto-septiembre de 1987, p. 2 (SAHA Doc. K-1).

## Bibliografía

- ALMOND, Gabriel y Sidney Verba, *The civic culture, political attitudes and democracy in five nations. An analytic study*, Boston, Little Brown, 1965.
- BARBER, James, *South Africa in the twentieth Century. A Political History – In search of a Nation State*, Londres, Blackwell, 1999.
- BARRELL, Howard, “After the elections”, *New African*, núm. 205, octubre de 1985, pp. 30-31.
- BARRELL, Howard, “Defiance grows”, *New African*, núm. 208, enero de 1985, pp. 35-36.
- BENINI, Aldo A., Anthony V. Minaar y Sam Pretorius, “Persistent collective violence and early warning systems: The case of KwaZulu Natal, South Africa”, *Armed Forces and Society*, vol. 24, núm. 4, 1998, pp. 501-518.
- BONNIN, Debby, “Legacies of political violence: An examination of political conflict in Mpumalanga Township, KwaZulu-Natal, South Africa”, *Transformation: Critical Perspectives on Southern Africa*, núm. 62, 2006, pp. 59-83.
- BRAUD, Philippe, *Violences politiques*, París, Éditions du Seuil, 2004.
- CABRAL, Amílcar, *Unité et lutte I. L’arme de la théorie*, París, Maspero, 1975.
- COCK, Jacklyn, *Colonels & Cadres, War & Gender in South Africa*, Ciudad del Cabo, Oxford University Press, 1991.
- CUCHE, Denys, *La notion de culture dans les sciences sociales*, París, La Découverte, 2010.
- CHEMILLIER-GENDREAU, Monique, *De la guerre à la communauté universelle*, París, Fallard, 2013.
- DADOUN, Roger, *La violence. Essai sur l’“homo violens”*, París, Hatier, 1993.
- DAVENPORT, T. R. H. y Christopher Saunders, *South Africa. A Mod-*

- ern History*, prefacio de Desmond Tutu, Londres, Macmillan Press, 2000.
- DERRIDA, Jacques, *États d'âme de la psychanalyse. L'impossible au-delà d'une souveraine cruauté*, París, Galilée, 2000.
- FANON, Frantz, "La violencia", en F. Fanon, *Los condenados de la tierra*, trad. Julieta Campos, prefacio de Jean-Paul Sartre, México, Fondo de Cultura Económica, 1963, pp. 30-98.
- GIRARD-FRESARD, Jacqueline, *Les Peurs des Enfants*, París, Odile Jacob, 2009.
- GONZALBO, Pilar, "Introducción", en Pilar Gonzalbo, Anne Staples y Valentina Torres Septién (eds.), *Una historia de los usos del miedo*, México, El Colegio de México, 2009, pp. 9-19.
- GONZALBO, Pilar, "Reflexiones sobre el miedo en la historia", en Pilar Gonzalbo, Anne Staples y Valentina Torres Septién (eds.), *Una historia de los usos del miedo*, México, El Colegio de México, 2009, pp. 21-37.
- GOODWIN, Jeff, James M. Jasper y Jaswinder Khattri, "Caught in a winding, Snarling vine: The structural bias of political process theory", *Sociological Forum*, vol. 14, núm. 1, marzo de 1999, pp. 27-54.
- GUTTERIDGE, William (ed.), con la contribución de Deon Geldenhuys y David Simon, *South Africa. From apartheid to National Unity, 1981-1994*, Brookfield-Singapur-Sidney, Dartmouth Publishing Co., 1995.
- HAAAS, Mary de y Paulus Zulu, "Ethnicity and Federalism: The case of KwaZulu/Natal", *Journal of Southern African Studies*, vol. 20, núm. 3, septiembre de 1994, pp. 433-443.
- HERBST, Jeffrey, "Prospects for Revolution in South Africa", en Martha Crenshaw (ed.), *Terrorism in Africa*, Nueva York-Toronto, Macmillan Publishing Company-Maxwell Macmillan Canada, 1994, pp. 665-685.
- KANE-BERMAN, John, *Political violence in South Africa*, Johannesburg, South African Institute of Race Relations, 1993.
- KOCK, Wessel de, *Usuthu! Cry Peace. The Black liberation movement Inkatha and the fight for a just South Africa*, Ciudad del Cabo, The Open Hand Press, 1986.
- LAUER, Helen, "Depreciating African political culture", *Journal of Black Studies*, vol. 38, núm. 2, 2007, pp. 288-307.
- LEGUM, Colin, "Botha in a bind", *New African*, núm. 247, abril de 1988, p. 32.
- MAGUBANE, Bernhard Makhosezwe, "Whose memory-whose history? The illusion of liberal and radical historical debates", en Hans

- Erick Stolten (ed.), *History making and present day politics. The meaning of collective memory in South Africa*, Uppsala, Nordiska Afrikainstitutet, 2007, pp. 251-279.
- MARAIS, Hein, *South Africa. Limits to Change. The political Economy of Transition*, Londres-Nueva York-Ciudad del Cabo, Zed Books-University of Cape Town Press, 2001.
- MARÉ, Gerhard y Geogina Hamilton, *An appetite for power. Buthelezi's Inkatha and South Africa*, Johannesburgo, Ravan Press, 1987.
- MARS, Perry, "The nature of political violence", *Social and Economic Studies*, vol. 24, núm. 2, junio de 1975, pp. 221-238.
- MUNTIGH, Lukas y Chandré Gould, *Towards an understanding of repeat violent offending. A review of the literature*, Documento de trabajo, núm. 213, Pretoria, Institute for Security Studies, julio de 2010.
- NDHLOVU, Noel, "Inkatha exposed", *New African*, num. 288, septiembre de 1991, p. 13.
- NESBITT-LARKING, Paul, "Methodological notes on the study of political culture", *Political Psychology*, vol. 13, núm. 1, marzo de 1992, pp. 79-90.
- New African*, "Dispossessing the squatters", *New African*, núm. 249, junio de 1986, pp. 19-20.
- NIEKERK, Phillip van, "Legacy of Boipatong", *New African*, núm. 299, agosto de 1992, pp. 14-15.
- NIEKERK, Phillip van, "South Africa: The grapes of wrath", *New African*, núm. 224, mayo de 1986, pp. 8-9.
- NIEKERK, Phillip van, "South Africa: The system in cracking", *New African*, núm. 206, noviembre de 1984, pp. 15, 17.
- NIEKERK, Phillip van, "The spectre of the death squad", *New African*, núm. 216, septiembre de 1985, pp. 32-33.
- O'MEARA, Dan, *Forty lost years. The apartheid state and the politics of the National Party 1948-1994*, Randburg (Sudáfrica), Ravan Press-Ohio University Press, 1996.
- PYE, Lucian W., "Political culture revisited", *Political Psychology*, vol. 12, núm. 3, septiembre de 1991, pp. 487-508.
- RAYMOND, Philippe y Stéphane Rials (dirs.), *Dictionnaire de Philosophie Politique*, París, PUF, 1966.
- REDDY, Thiven, "ANC decline, social mobilization and political society: Understanding South Africa's evolving political culture", *Politikon*, vol. 37, núm. 2-3, diciembre de 2010, pp. 185-206.
- SAUNDERS, Christopher y Nicholas Southey, *A Dictionary of South African History*, Ciudad del Cabo-Johannesburgo, David Philip, 2001.

- SCRUTON, Roger, *The Palgrave Macmillan Dictionary of Political Thought*, Londres, Pelgrave Macmillan, 2006, pp. 721-722.
- SEEKINGS, Jeremy, *The UDF. A History of the United Democratic Front in South Africa 1983-1991*, Ciudad del Cabo-Oxford-Atenas (Ohio), David Philip-James Currey-Ohio University Press, 2000.
- TUTU, Desmond, "Forward", en Greg Marinovich y Joao Silva, *The Bang-Bang Club. Snapshots from a Hidden War*, Londres, Arrow Books, 2001, pp. IX-XII.
- VARELA, Hilda, *Sudáfrica: las raíces históricas (de la historia antigua a la paz de Vereeninging)*, México, El Colegio de México, 2000.
- WEEDU, Lu, "Conceptualizing culture possibilities for political science", *The American Political Science Review*, vol. 96, núm. 4, 2002, pp. 713-728.
- WORDEN, Nigel, *The making of Modern South Africa: Conquest, Segregation and apartheid*, Oxford-Cambridge, Blackwell, 1994.